
CIENCIA FICCIÓN
PETER KAPRA
CRIPTESTESIA
F. CORTIELLA

CRIPTESTESIA

PETER KAPRA

CRIPTESTESIA

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Depósito Legal: B. - 42.459 - 1969

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 – BARCELONA

CAPITULO PRIMERO

El joven sicólogo Arthur Goodell se enteró del «Caso de Elga Robins» mientras se desayunaba en el complejo comedor automático del Memorial Hospital Kennedy, porque pasó por las pantallas de tele-información matinal. Y la famosa y bellísima actriz era la artista predilecta de Arthur.

Sus ojos castaños se agrandaron extraordinariamente, mientras la secuencia pancromática de la pantalla mostraba una de las ambulancias del Memorial Hospital, donde era depositada la estrella. Pese a que el suceso ocurrió a altas horas de la noche, una gran muchedumbre se había reunido frente a la vivienda de Elga Robins, en Queen’s Road.

—... los médicos se muestran reservados. Hasta el momento no hemos podido obtener la información precisa del caso, aunque los indicios parecen apuntar hacia un fin trágico y rápido de la universalmente famosa estrella.

Arthur vio en aquel momento a un médico joven que se acercaba a su mesa, con expresión fatigada.

— ¡Eh, Vick!

—Hola, Arthur. Buenos días... Lo siento, chico. Tu admirada Elga se nos va. Ahora vengo de Análisis. Toda la noche trabajando... ¡Qué desastre! Vick Normand se dejó caer en la silla metálica, frente a su amigo —. Incluso han venido tipos de Chicago y Boston... ¡Hasta el profesor Bamell Grobber!

— ¿Qué le ha ocurrido a Elga?

Vick Normand se inclinó hacia adelante, con expresión enigmática. Su voz sonó hueca, profunda, extraña:

— ¡Que nos apaleen a todos, si lo sabemos! Está en coma, eso es evidente.

— ¡No!—exclamó Arthur Goodell, como si la muerte de la eximia estrella fuese lo más horrible que podía ocurrirle en su vida.

El joven sicólogo no había hablado jamás con la famosa Elga Robins. .La había visto infinidad de veces actuando en la pantalla. *Se* había deleitado con su gracia magistral, con su agudeza, su inmenso talento. Pero al igual que cientos de millones de

admiradores de «la Robins», jamás la había tratado, ni hablado siquiera. Lo más que tenía grabada en una cinta, era su voz. Su autógrafo también lo conservaba en numerosas fotografías a todo color que la oficina de publicidad de Elga Robins había distribuido por todo el mundo.

Incluso en las colonias de aclimatación de La Luna, Marte y Venus, técnicos de todas las edades, tenían sobre la mesita de noche un retrato de la incomparable Elga Robins.

Ahora, la universalmente famosa estrella se encontraba en «casa» de Arthur Goodell, en aquel mismo edificio donde él vivía como médico sicólogo interno, compartiendo un pequeño alojamiento con otro médico joven, de su especialidad, llamado Tracy Kellerman.

—¡Y ella se estaba muriendo!

—¿Qué síntomas presenta? ¡No podéis decir eso! ¡El Profesor Darnell-Grobber es una lumbrera, y supongo que habrá venido, incluso, el director general!

Hubiera sido algo «abominable» si el Director General del Memorial Hospital Kennedy, el centro médico-quirúrgico más importante de la megápoli de Nueva York, no acude en persona a conocer el estado de la famosa Elga.

—Sí, ha venido también el director y su corte de ayudante. Han llamado de la Casablanca, de París, de Bratisovo, de Tokio y de Upsala. Nos han ofrecido los mejores médicos de América, Europiasia, de Escandinavia y del Extremo Oriente, que no nos tienen que enseñar nada… Pero nuestra Elga se nos muere, sin que podamos hacer nada por ella… ¡Nada! ¡En pleno siglo XXI, existen enfermedades totalmente desconocidas para la ciencia!

—¡Explícame los síntomas, Vick! — suplicó Arthur, como si él quisiera encontrar el fallo de hombres de tanto prestigio como Darnell-Grobber.

—En realidad, Arthur, Elga ya está muerta. El encefaloscopio está en cero. Sólo los cardiogramas son positivos. Su corazón late muy débilmente. Elga es joven y fuerte. Se ha cuidado mucho. Y un corazón de veinticinco años, no puede estar agotado. El mal, cualquiera que sea la causa, viene de ese tabú que sigue siendo, todavía, para nosotros, el cerebro humano.

»Ella ha exprimido demasiado su cerebro, siempre en busca de expresiones nuevas, de ocurrencias originales. Yo no pude verlo, pero la semana pasada, en el Canal 23 de la NBC, mantuvo el interés de cuatrocientos millones de espectadores durante quince minutos.

—La vi —musitó Arthur, todavía incapaz de creer la terrible noticia—. Entonces ¿no hay salvación?

—Yo no oreo en milagros, Arthur. Soy médico. Si el cerebro se muere, ¿qué hay más?

* * *

Arthur Goodell entró en su despacho de trabajo, una sala de cuatro metros cuadrados, más parecida, por su ornamentación, a la gruta de un mago de la Edad Media, que a la de un joven científico de la Era del Espacio. La mesa, circular, era giratoria. Habíase entretenido con frecuencia, en orbitar su mesa durante varias horas. Resultaba un ejercicio entretenido. La mesa, girando sobre su eje central, y él, en sentido contrario, sentado en su silla deslizante. Si la luz actuaba con el interruptor «sicodélico», lo que solía experimentar Arthur, viendo pasar ante sus ojos las máscaras totémicas mayas o las pinturas infra-moleculares, eran sensaciones de irrealidad.

Otra de las «emociones fuertes» de la Sección de Parapsicología del Memorial Hospital, dirigida por el Catedrático Phil Evanstor, a las órdenes de quien estaba Arthur, junto con cinco compañeros más, otro interno y tres externos, era el empleo de alucinógenos inocuos, de los que poseían más de un millar clasificados en el laboratorio. Más por diversión que por investigación, Arthur Goodell y su compañero Kellerman, habían ingerido pequeñas dosis de tales fármacos, recurriendo luego a todos los «trucos» que tenían a su alcance en la Sección «PP». Los resultados obtenidos eran auténticas obras de quimera y pesadilla, relatos hiperfantásticos, la sublimación de la locura, la esquizofrenia y la neurosis artificial.

Aquel día, empero, Arthur Goodell no se encontraba de humor para realizar experiencias. Tampoco tenía anotada ninguna visita o reconocimiento. Podía ir a visitar a la señora Morrison o bien llamarla por visófono. El doctor Evanston había ordenado recoger todas las impresiones oníricas de la singular paciente de la sala 245, que era un dechado de fantasía mental, porque la locura de la señora Morrison iba más allá de los límites de la siquiatría. Pero Arthur estaba profundamente abatido.

No había hecho más que sentarse, cuando zumbó el fonovisor. Giró sobre su asiento, se situó ante el aparato comunicador y presionó el botón de «open», Inmediatamente, al ver el rostro del Director General del hospital, Arthur se envaró.

—¿Dónde está el doctor Evanston?

—Lo siento. No suele venir tan pronto, señor Carey— dijo Arthur, apresuradamente.

Las tensas facciones, un tanto alargadas y pálidas del Director General, se crisparon aún más. Sus ojos centellearon.

—¿Quién es usted? — preguntó abruptamente.

—Soy el doctor Goodell, interno.

—Localice inmediatamente a su superior y dígale que venga sin perder ni un segundo, al Centro de Urgencias… ¡Apresúrese!

—Sí, señor Carey — contestó Arthur, dando un brinco y poniéndose en pie.

Lo peor era que no sabía dónde encontrar al Catedrático Phil Evanston. Jamás, en los dos años que llevaba allí, después de salir de la Universidad Médica, se había encontrado con un caso de urgencia en su especialidad. En realidad, ellos no eran auténticos médicos. Estudiaban una medicina que, posiblemente, dentro de cien años pudiera tener aplicación clínica. No había enfermos del subconsciente y, si los había, eran los siquiatras o los neurólogos los encargados de tales casos.

Pero un hospital del prestigio del Memorial debía tener, como tenían los más importante nosocomios del mundo, una sección de parapsicología y metapsíquica, aunque no sirviera prácticamente para nada.

Por suerte para el atribulado Arthur, la puerta se abrió y apareció Tracy Kellerman, que venía fumándose un cigarrillo aromático, metidas las manos en los bolsillos de su bata azul celeste y con una sonrisa de complacencia que auguraba sabrosas y sentimentales anécdotas.

—Felicítame, Arthur. La enfermera Manston ha aceptado una ci… ¿Eh, qué te pasa? ¡Suéltame, loco!

—¡Hay que localizar al jefe! — gritó Arthur—. El director general quiere verle inmediatamente.

—¡Calma, calma! El director general no se come a nadie.

—¿Y dónde encuentro al señor Evanston? — apremió Arthur, demudado.

—¿Dónde? En su domicilio.

—¿Sabes cuál es?

—No. Pero lo saben en Informaciones. Llama a la central y aquellas estupendas chicas te pondrán inmediatamente con él. ¿Ves qué fácil?

Arthur saltó de nuevo hacia el visófono y marco tres cifras.

—Información… Sí — se oyó una voz agradable, al otro extremo de la comunicación.

—Por favor, señorita. Necesitamos comunicarnos inmediatamente con el doctor Phil Evanston.

—¿Phil Evanston? No lo recuerdo. ¿Pertenece a la plantilla del hospital? ¿Quién le llama?

—Soy el doctor Goodell, de la Sección «PP».

La telefonista aún dudó unos instantes. Posiblemente consultó en su agenda, porque el nombre de la sección también le resultaba poco familiar. Posiblemente nadie había llamado jamás a tal departamento. Pero, a los pocos segundos, la voz, un tanto sorprendida, replicó:

—Perdón, doctor Goodell. Le ruego me disculpe. Sí, aquí tengo el número de visófono del doctor Evanston. Le llamo en el acto.

—Por favor, apresúrese. El Director General me ha pedido que localizara al doctor Evanston.

Lo más terrible vino poco después, cuando la telefonista volvió a llamar diciendo que el número del doctor Evanston no contestaba.

—Lo siento, doctor Goodell, pero nadie contesta. Posiblemente no hay nadie en...

—¡Hay! — exclamó Tracy Kellerman en aquel instante, dándose un golpe en la frente—. Ahora recuerdo que el jefe me dijo ayer que hoy se iba a pescar a Code Cape.

—¿Y ahora lo dices, cretino? ¿Qué le digo al señor Carey?

—¿Y qué le vas a decir? Que se ha ido a pescar y que no sabemos dónde.

—¡Huy! Antes de una hora estamos todos de patitas en la calle. Poco o nada es lo que hacemos aquí. Y, una vez que necesitan a alguno, no hay modo de encontrarle. Resignadamente, Arthur fue de nuevo hacia el visófono—. Que sea lo que Dios quiera.

Entornó los ojos para apretar el pulsador de llamada. Luego, los abrió para decir:

—Por favor, señorita. Póngame con el Director General.

—¿Su nombre, por favor? — preguntó la bella muchacha que había aparecido en la ovalada pantalla.

—El doctor Goodell, de la Sección «PP».

—Aguarde un instante, doctor Goodell.

La imagen de la joven telefonista desapareció, surgió la señal de espera y, pocos minutos después, apareció de nuevo el rostro alargado del Director General, doctor y profesor Henry C. Carey.

—¿Dónde está el doctor Evanston? — disparó rápidamente.

—Lo lamento, señor Carey. Parece ser que se fue a pescar y...

—¡Por todas las condenaciones del infierno! — rugió Carey, frenético— ¡Mantenemos un equipo de inútiles durante años y una

vez que necesitamos consultarles, no están en su despacho!

—Si yo pudiera servirle de algo, señor Carey —osó apuntar Arthur, como atrevida sugerencia.

El semblante de Henry C. Carey, nublado como si fuese víctima de una aparatosa tormenta, no presagiaba nada bueno.

— Sí, venga usted a Urgencias Médicas, doctor Goodell. No espero gran cosa de nadie, pero debemos apurar todas las posibilidades. Se trata del caso de Elga Robins...

* * *

El amplio pasillo blanco estaba atestado de gente. Para llegar a la barrera, defendida por un cordón de policías, Arthur Goodell hubo de abrirse paso a codazos. Uno de los numerosos ayudantes de Henry C. Carey estaba allí, junto a dos hombres vestidos con el uniforme azul de los altos funcionarios del Departamento de Justicia y Ley de América.

Los agentes intentaron impedir el paso a Arthur, pero éste dijo:

— Por favor, me esperan... Soy el doctor Goodell.

Estaba desconcertado ante la invasión de periodistas, informadores, policías y fotógrafos. Todos gritaban a la vez. Todos pedían noticias de Elga Robins.

El agente se volvió a sus superiores.

—¿El doctor Goodell?

—¡Ah, sí; déjenlo pasar! —exclamó el ayudante del director, acercándose—. Venga usted conmigo, Goodell.

Éste se vio conducido por el ayudante de Henry C. Carey hacia la entrada de Urgencias Médicas. La sala también estaba casi invadida. Pero allí eran personajes importantes de la medicina. Había también varios uniformes azules y distintivos elevados. La fama de Elga Robins justificaba todo aquello.

Arthur se sintió empequeñecido entre tanta figura famosa. Incluso vio al presentador de televisión más cotizado de América, Jack Luke, vestido enteramente de negro, con rostro apenado, hablando con un grupo de médicos.

Nadie se fijó en la llegada del joven sicólogo. Quien, siempre acompañado del ayudante del Director General, fue hacia el quirófano principal. En la primera antesala de éste se encontraba Henry C. Carey con el Profesor Darnell-Grobber, cuya foto había visto Arthur en infinidad de publicaciones médicas.

—El doctor Goodell, señor director.

Carey se volvió y examinó al joven de pies a cabeza.

—Escuche, joven. Ahí dentro está Elga Robins. Entre a verla. Examínela y diga algo, aunque sea una imbecilidad. De todas las ramas de la ciencia médica, sólo la metafísica falta por opinar. No esperamos nada de usted, pero hemos de apurar las posibilidades.

—¿Puedo ver los gráficos?

Arthur no estaba seguro de haber dicho un disparate o no. Dijo lo primero que se le ocurrió. Ni había soñado jamás en hablar con Henry C. Carey, ni ver tan cerca a Darnell-Grobber, y mucho menos poder examinar el cuerpo de Elga Robins, aunque sólo fuese en estado preagónico.

—Se los facilitará la enfermera jefe. Entre usted...

Carey se volvió a Darnell-Grobber y añadió —: Como le decía, profesor, el señor Presidente me palmoteo la espalda y me dijo: «Le felicito, Henry; ha sido una operación magnífica».

Henry C. Carey no podía desaprovechar ocasión como aquella para hacer política de alta escuela.

Arthur Goodell, sintiendo temblar todas las células de su cuerpo, penetró en la salita contigua al quirófano, donde reinaba una suave penumbra. Vio a la enfermera, Margaret Wake, junto a la mesa camilla. A ambos lados de la puerta, con mascarillas, habían dos agentes de policía, armados. Un médico extranjero estaba examinando los párpados de la paciente.

¡Y Elga Robins yacía sobre la camilla, sólo cubierta con una sábana blanca!

¡Cuántas veces no había admirado Arthur aquella figura, ahora yacente e inmóvil! La había visto reír, bailar, improvisar «gags» musicales de alta escuela, cantar con su voz única, sumamente cuidada e inconfundible. La «pose» de Elga había sido siempre algo extraordinario. Sus cabellos rojos-dorados, rebeldes sobre la frente abombada, su boca ligeramente grande, fascinante, y su nariz algo respingona, ciertamente infantil.

Ahora, Arthur no podía ver las manos de Elga, aquellas manos que expresaban mil sentimientos, finas, alargadas, sedosas, las manos más admiradas del mundo. Pero pudo ver los ojos azules, ahora apagados, que el médico extranjero examinaba con una fina punta de luz electrónica.

Se acercó a la enfermera jefe.

—El doctor Carey ha dicho que me facilitará usted los gráficos.

—Sí, doctor — musitó ella, tomando una carpeta que había sobre una mesita próxima.

Apenas sin ver lo que indicaban los papeles, Arthur los hojeó rápidamente. Todo cuanto la Medicina podía haber hecho por la

paciente, estaba allí. Deducción: Elga Robins estaba clínicamente muerta. Sin embargo, aunque muy débil, su corazón continuaba latiendo. Y esto era lo insólito del caso. Si había riego sanguíneo cerebral, «la Robins» tenía que estar viva. El encefalograma se había repetido seis veces, por distintos especialistas. El resultado: negativo.

Elga Robins estaba muerta.

Así debió de comprenderlo también el médico extranjero, porque cerró los párpados de la paciente y se guardó la lamparilla. Dijo algo en su lengua a la enfermera jefe y salió.

Entonces, Arthur se acercó a la mesa camilla y contempló aquel rostro admirado, blanco y terso, como el de un cadáver. Creyó estar viendo de nuevo a la artista. Y recordaba el timbre de su maravillosa voz:

—Amigos míos, beso y medio para todos antes de explicar lo que le ocurrió a Jimmy Krant, de Minneápolis, Minnesota, que se encuentra en la Base de Aclimatación «Alfa», de Marte. No se olvidó de respirar, sino que se olvidó de abrir la llave del aire, al salir de su «iglú» metálico. Se disparó el avisador y sus compañeros salieron a recogerlo, cuando ya se estaba poniendo azul. Al recobrarse, dijo ¡«Zapristi»! ¿Quién se ha bebido el aire de mis botellas?

El chiste no tenía gracia. Pero Arthur se rió, junto con cuatrocientos millones de espectadores, porque la gracia estaba en las muecas de Elga, en el cambio de color de su rostro, de la expresión de estupor del colono Jimmy Krant y de todo cuanto ella sabía expresar con ojos, labios, manos y palabras.

»Tú no puedes morir, Elga— se dijo Arthur—. Pese a todo lo que digan estos gráficos, tú no puedes morir. Todos te necesitamos. ¡No puedes estar muerta!

»—No estoy muerta, doctor. Por favor, ayúdeme usted… ¡Tienen que ayudarme! ¡No me dejen morir! Me encuentro en estado de criptestesia. Me han «dominado». No sé qué es eso. Fue como un soplo que me rozó el rostro, mientras leía un guión. Sé que quieren apoderarse de mi cerebro. Me quieren llevar lejos de nuestro mundo… «Algo» me ha hablado sin palabras y he comprendido la verdad… ¡Es «algo» tremendamente espantoso! ¡Y no voy a ser yo la única! ¡Otros muchos seres morirán como yo, si no se nos ayuda! ¡Piedad, sálveme, doctor!

Arthur Goodell retrocedió instintivamente. Había creído oír hablar a Elga Robins, aunque los labios de ella no se movieron… ¡Pero su voz y sus palabras vibraban aún en alguna parte de su cerebro!

CAPITULO II

El Prefecto Mayor, un hombre menudo, que obtuvo el puesto de Jefe Superior del Departamento de Justicia y Ley de Nueva York, se volvió a poner las gafas por enésima vez y miró a Arthur Goodell. Luego se volvió al teniente Markham.

—Theo, llévatelo y que lo encierren... ¡Está loco de remate!

—¿No me quiere usted creer? — insistió Arthur, casi suplicante.

—¡No! —rugió el Prefecto Mayor, dando un fuerte golpe sobre la mesa.

—El subconsciente de Elga Robins me transmitió su mensaje, señor. Yo puede captarlo. Mi cerebro está condicionado al Reflejo «SubBeta». Puede usted comprobarlo en la Universidad Médica.

—¡No vuelva usted con la criptestesia, la telecinesis y la metapsíquica! No está a mi alcance, ni al de ninguno de los mortales. Tanto usted como sus colegas sueñan despiertos y sus fenómenos oníricos son indemostrables. Elga Robins no pudo hablarle por ningún medio humano.

—¡Explique usted su estado! — exclamó Arthur.

—No soy médico. Pero los médicos no están de acuerdo con usted. Ella está legalmente muerta.

—¡Noo! — tocó ahora el turno de gritar a Arthur— ¡No está muerta y lo demostraré!

—Lo siento, doctor Goodell. Usted no demostrará nada. Llévéselo, Theo.

Theo Markham se acercó al sicólogo y le tomó del brazo. Era un teniente de detectives bien parecido, de aspecto atlético, rostro simpático y ademanes correctos. Por vestir de paisano, nadie le habría tomado por un agente de la autoridad.

—Por favor, doctor Goodell. Venga conmigo.

—¡Hable usted con el doctor Evanston! —añadió Arthur, aferrándose todavía a las posibilidades que le quedaban—. ¡La parapsicología no es magia, ni espiritismo, y mucho menos ocultismo! ¡Es una ciencia que estudia los fenómenos que nos parecen sobrenaturales, porque nuestras ciencias no están todavía a la altura de comprender muchos fenómenos inexplicables que existen! ¡Nosotros intuimos...!

—¡Lléveselo, teniente Markham! —volvió a gritar el Prefecto Mayor, golpeando ahora frenéticamente con ambos puños sobre la mesa—. ¡Enciérrelo y que no hable con nadie, y mucho menos con periodistas! ¡Está loco!

Theo Markham no opinaba que Arthur Goodell estuviese loco. Pero una orden del Prefecto Mayor no podía ser desobedecida. Por ello, tiró enérgicamente del brazo al joven sicólogo y le condujo al exterior, donde las secretarias se los quedaron mirando intensamente.

—¡No me quieren comprender! ¿Ya buscan al doctor Evanston?

—Le buscamos, doctor Goodell — replicó Theo, suavemente—. Venga conmigo. Tranquilícese. El Prefecto Mayor no ve más allá de lo que tiene ante sus ojos.

Arthur se aferró al clavo ardiendo que le ofrecía el otro.

—¿Me comprende usted, teniente Markham?

—Intento hacerlo, pero no puedo. Sin embargo, quiero hablarle. Vayamos a mi oficina. Allí tomaremos unos cordiales tónicos y nadie nos molestará.

—Gracias por su comprensión, teniente Markham.

—Puede llamarme Theo, doctor — dijo el detective, sonriendo.

Abandonaron el antedespacho del Prefecto y por los pasillos y ascensores del inmenso edificio, en pocos minutos llegaron a una sombría oficina, donde sólo había una mesa y dos sillas. Theo Markham se sentó detrás de la mesa, abrió un cajón metálico y sacó varias botellas y dos vasos.

Mientras preparaba los cordiales tónicos, según fórmula de su invención, en la que no intervenía el alcohol, invitó a Arthur a sentarse y le dijo:

—Lo raro de todo esto es que Elga Robins sigue viva. El corazón late. El reflejo mental está muerto, apagado, neutralizado, y el cerebro no rige. Pero el cuerpo no ha muerto. ¿Quién puede explicar eso?

Arthur Goodell creía estar viendo ante sí a un aliado.

—¡Exactamente! Aquí hay un fenómeno que no comprendemos. La ciencia se encoge de hombros. Ya ha visto usted los informes de los más eminentes médicos. Parece absurdo, pero es así. Por lo tanto, hay que admitir que existe algo anormal, fuera de lo corriente. Y la única explicación plausible podemos darla nosotros.

—¿Usted admiraba mucho a Elga Robins, verdad, doctor?

—Sí.

—Pero he sabido que la admiraba extraordinariamente… De un modo inusual, según me ha dicho su compañero Tracy Kellerman.

—Yo comprendo muy bien el arte de Elga Robins.

—Su arte lo comprende el mundo entero. Es una mujer excepcional, única en su clase. Pero yo no siento por ella una devoción tan intensa como la de usted.

Arthur se sonrojó ligeramente.

—Bueno, tal vez Tracy ha exagerado.

—He podido comprobar que tiene usted su alojamiento materialmente cubierto de fotografías de Elga Robins. ¿No le parecen excesivas tantas fotos?

—Todas son distintas — arguyó Arthur,

—Sí, lo he visto. Yo tengo algunas de esas fotos. Me gusta Elga y no me pierdo uno de sus programas, si puedo. Pero mi devoción hacia ella no creo que pueda compararse con la de usted. ¿Es lógico que un licenciado en parapsicología aplicada sienta tanta adoración por una artista? Contésteme con sinceridad.

—No. Creo que no es lógico.

—Entonces, ¿cómo explica usted su fanatismo por Elga Robins? — Las preguntas del teniente Theo Markham, hechas de un modo impersonal, casi amistosamente, se iban acercando a su objetivo concreto.

—Pues… No veo explicación. Se dan casos de absoluta devoción a una figura pública. Debe ser un «hobby»,

—¿Le gusta a usted Elga, como mujer?

Arthur volvió a sonrojarse, aceptando el vaso que el otro le tendía.

—Del mismo modo que, supongo, le gusta a millones de hombres.

—¿Y qué sintió usted cuando supo lo que le había ocurrido?

—Un gran choque emocional.

—¿Y cuando la ausencia del doctor Evanston, le obligó a usted a ir hasta el Centro de Urgencia a reconocerla, qué experimentó?

—Un gran nerviosismo. No sé ni cómo pude llegar hasta donde estaba ella. La emoción… —Arthur se detuvo, mirando estúpidamente a su interlocutor. Y repitió —: La emoción… ¡Esa podía ser la causa, teniente!

—¿La causa de qué? — inquirió él, mirándole fijamente.

—La causa de poder captar el mensaje del subconsciente de Elga!

—Elga Robins no está en estado de inconsciencia. No tiene registro encefaloscópico. Su cerebro está muerto. Por lo tanto, su subconsciente no pudo hablarle a usted.

—¡Pues de algún modo ella me habló! — contestó Arthur, a

quien la palabra emoción parecía estallarle dentro del cerebro, adquiriendo unas proporciones increíbles— ¡Y ese estado emocional podemos provocarlo artificialmente con unos gramos de «acetidinalina»!

—¿De qué me está hablando, doctor Goodell?

— preguntó el teniente Markham, mirando a Arthur con ojos muy abiertos.

—Hable con Tracy Kellerman... ¡haga la prueba con él, si no quiere que yo la repita! Tracy puede examinar a Elga Robins en estado de emoción artificial. ¡Hágalo!

Markham bebió lentamente su vaso. Luego, lo dejó sobre la mesa y abrió la puerta de una cabina de visófono, que había en el muro.

—Póngame con el Memorial Hospital, por favor... Con el doctor Tracy Kellerman, de la Sección de Parapsicología... Sí, aguardo. Gracias.

* * *

Las horas de encierro en aquella agradable celda, en donde no le faltaba nada, excepto comunicación con el exterior, parecieron interminables para Arthur Goodell. Se paseaba como felino enjaulado, arriba y abajo, tendiéndose en la litera, levantándose, paseando de nuevo, volviéndose a sentar, ahora en la butaca elástica, tomando una revista, encendiendo cigarrillos aromáticos y anicotínicos, hasta que, al fin, la puerta se abrió silenciosamente, y apareció el teniente Markham, cuyo aspecto difería mucho al de por la mañana.

De rostro sombrío ahora, Markham entró y la puerta se volvió a cerrar automáticamente a su espalda.

—¿Qué? — preguntó Arthur, anhelante.

—No hubo éxito, doctor Goodell.

Arthur cayó pesadamente sobre la silla elástica, abatiendo la cabeza. Pero el oficial de policía no había terminado.

—El doctor Tracy Kellerman se encuentra ahora en el mismo estado que Elga Robins.

Hubieron de pasar varios segundos, o quizás millones de siglos, porque el tiempo en las reacciones de absoluto estupor es imposible de calcularse en su verdadero valor, para que Arthur pudiera murmurar:

—No... No puede ser.

—Se prestó a realizar la prueba. Tomó la «acetidinalina» y se

puso a temblar como si hubiese visto al diablo. Le llevamos ante Elga Robins y allí se nos quedó en las manos. Los síntomas que presenta son análogos a los de Elga Robins.

—¿Así debía estar yo también?

—No lo sé. Es lo más desconcertante que he conocido jamás. No hay explicación, ni solución, ni nada que pueda considerarse como un camino a seguir. Los médicos del Memorial Hospital están desorientados. Del nuevo caso no hemos informado todavía a nadie. Nos ocupamos nosotros directamente.

»Más de mil agentes del Departamento de Justicia y Ley trabajamos ya en el caso. El secreto debe ser mantenido escrupulosamente.

—¡Yo soy la única esperanza que tienen ustedes, Theo! —exclamó Arthur, poniéndose en pie.

—¿Usted? ¿Qué quiere decir?

—Ahora estoy firmemente convencido de que Elga Robins está sometida por alguien, o «algo», como ella dijo. Yo no soñé sus palabras. Las «sentí», «me las dijo»... ¡Sea lo que sea lo que la retiene, es algo que no podemos comprender! Hemos de usar la fantasía científica para explicarlo.

—El Profesor Darnell-Grobber me ha hablado hace poco de ciertos tipos de enfermedad contagiosa...

Arthur atajó casi brutalmente a Theo Markham:

—¡El Profesor Darnell-Grobber no sabe lo que dice, teniente! Acabo de percibir la verdad. No podría explicárselo. Está aquí... ¡La siento!

Markham miró a Arthur como si le creyera loco.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que Tracy Kellerman está tratando de comunicarse conmigo.

—¡Pero si está en coma y su cerebro se halla paralizado!

—Yo sé que no es cierto. Existe un fenómeno que nos hace creer en la parálisis cerebral absoluta. Escuche, teniente, Tracy y yo nos hemos comunicado frecuentemente por medio de la telecinesis. Él se encontraba en otro lugar de la ciudad. Nos concentrábamos recurriendo a un estímulo químico, porque el cerebro humano no está preparado aún para la telepatía.

»Pero nosotros nos comunicamos e intercambiamos datos que luego, al reunirnos, comprobamos. Por ejemplo, Tracy se iba a New Heaven y yo me quedaba en el Memorial Hospital. A una hora determinada, establecíamos la «conexión», ingiriendo la dosis estimulante. Entonces, pese a la distancia y a los numerosos

cerebros radiantes que se interponían entre nosotros, nos «localizábamos». Tracy captaba mis mensajes. Yo le impulsaba a anotar signos y guarismos desconocidos para él. A su vez, él se fijaba en cualquier persona o cosa que estaba viendo y yo debía luego explicarle lo que él había visto.

—Eso no es absolutamente científico, doctor Goodell.

Arthur no respondió. Había cerrado los ojos y su expresión era de intensa concentración, casi de éxtasis, como si, de pronto, se hubiese transformado en un ser ausente.

—Tracy Kellerman se esfuerza en decirme algo, teniente Markham — murmuró Arthur, de pronto—. ¡Lo siento perfectamente...! Me dice algo de mucho peligro... ¡Peligro para toda la humanidad, eso es! ¡Ha llegado un extraño ser de un lejano mundo y su propósito es apoderarse de las inteligencias más destacadas de este planeta!... Elga Robins es la primera víctima. Se trata de una inteligencia superdotada... ¡Sí, Tracy, entiendo muy bien! ¿Qué significa Karno Beta? No entiendo... ¿Es el nombre del ser extraterrestre? ¿No es corpóreo? ¡Sí, Tracy; su aspecto no es como el nuestro, pero ha adoptado una figura humana! ¡Tracy, amigo mío!

»¿Qué ocurre ahora?

Theo Markham hubo de sacudir a Arthur Goodell violentamente. Le zarandeó de los hombros, hasta hacerle abrir los ojos.

—¿Qué comedia es esta?

—¡Tracy Kellerman acaba de morir y yo también estoy en peligro, teniente!

Arthur Goodell estuvo unos segundos mirando a su interlocutor. No podía expresar con palabras corrientes el fenómeno que acababa de vivir. Creía estar en su despacho del Memorial Hospital, realizando una comprobación parapsicológica, lo que siempre había resultado una desconcertante experiencia.

Sin embargo, ahora, había tenido la «visión» clara y concreta de todo cuanto Kellerman le había dicho. Le «oyó» casi con la misma nitidez que oía al teniente Markham. Y la última verdad le dejó impresionado.

¡Tracy Kellerman no pudo seguir informándole porque había muerto! convicción propia, que Tracy había sido asesinado con el fin de evitar que se comunicase con él.

—Escuche, teniente Markham. Ahora le hablo en serio. No me crea si no quiere — dijo Goodell, seriamente —. Quizás yo sea la única persona capaz de saber lo que ocurre. Accidente o casualidad, fui a ver a Elga Robins y descubrí su estado.

»Estoy preparado para conocer algunos de los fenómenos que concurren en este caso. Es mi profesión. Por eso le digo que Tracy ha muerto ya definitivamente. Posiblemente, hasta su corazón haya dejado de latir.

»A mí no me impresiona la muerte. Ni me asusta morir, créame. Pero no puedo morir porque mi vida es demasiado importante ahora. No le pido que me orea, sino que haga todo lo que yo le diga, sin replicar. No hay tiempo de nada más. — Mientras hablaba, Arthur Goodell miraba a Theo Markham de modo intenso, inculcándole influjos de poder mental hipnóticos, para ayudarse en la comprensión que intentaba inculcar al otro—. Yo permaneceré encerrado en una celda absolutamente aislada, en donde el aire se habrá de renovar por medios internos y sin resquicio alguno con el exterior. Debo tener un visófono y alimentos. Pero nadie, ¡absolutamente nadie!, puede abrir la puerta.

—¿Por qué, doctor Goodell?

—Karno Beta intentará aniquilarme, como ha hecho con Tracy.

—Bien. Voy a efectuar unas llamadas. Luego decidiremos al respecto.

—¡Recuerde que no podemos perder tiempo! ¡Yo soy el único que conoce la existencia de Karno Beta!

—Si ese ser existe… — respondió Theo Markham—. Ahora ya somos dos.

El teniente de detectives abandonó la celda de Goodell, para regresar a su oficina. Allí, ante el visó- fono, llamó a Urgencias Médicas del Memorial Hospital, preguntando por el teniente Brady. Cuando su colega se puso ante el aparato, preguntó:

—Diok, ¿cómo está T. K.?

—Igual que le dejaste.

—Haz que le hagan un nuevo reconocimiento médico. Es importante. Espero aquí tu llamada.

—Sí, Theo.

—Tengo motivos para creer que su estado ya no es el mismo que el de Elga Robins.

—¿Por qué dices eso, Theo?

—Creo que T. K. acaba de morir.

El teniente Dick Brady desconectó el visófono, pensativo, y fue al encuentro de uno de los médicos de guardia.

—Me piden otro reconocimiento de Tracy Kellerman. Es urgente.

El médico asintió y, seguido de Brady, penetró en el quirófano auxiliar, donde se había depositado el cuerpo de Tracy Kellerman,

al que habían cubierto con una sábana hasta el cuello. Allí estaba también la enfermera Margaret Wake.

El médico de guardia aplicó el estetoscopio sobre el pecho del paciente, y en el acto, volviéndose a Brady, lanzó una exclamación.

—¡El corazón ya no late!

—¿Qué? — exclamó el detective.

—¡Ha muerto!

Inmediatamente, ambos hombres tuvieron el mismo pensamiento, volviéndose hacia la salita que ocupaba Elga Robins, donde penetraron atropelladamente. Allí había dos agentes uniformados, de guardia y con mascarillas sobre el rostro.

El médico de guardia pareció abalanzarse sobre la figura yacente en la mesa camilla. Pero cuando aplicó el estetoscopio al pecho de la paciente, los latidos débiles de su corazón llegaron a sus oídos.

—No, ella no — dijo.

Estudió unos minutos más a Elga Robins y luego se volvió a Brady, perplejo.

—¿Cómo ha sabido usted que Kellerman...?

—No lo sabía. El teniente Markham me ha pedido desde el Departamento que hagamos un nuevo reconocimiento a Kellerman. Al preguntarle yo la razón, me ha dicho que su creencia era de que Kellerman acababa de morir.

—¿Y cómo podían saberlo allá?

Dick Brady se encogió de hombros, sosteniendo la perpleja mirada del médico.

—Regístreme.

—Es muy raro todo esto... ¡Demasiado raro!

—Disculpe. Voy a informar a Markham. Creo que las cosas se han complicado bastante.

Brady abandonó la salita. En recepción de Urgencias Médica, llamó a Markham y le comunicó la noticia:

—Tenías razón, Theo. T. K. acaba de morir.

—¿Y Elga Robins?

—Sigue con vida.

—¡Ordena que la introduzcan en un autoclave completamente hermético y que le administren oxígeno en botellas! ¡Que se haga eso inmediatamente, Brady! ¡Yo asumo toda la responsabilidad del caso! ¡No se puede perder ni un segundo! ¿Me has entendido?

—Sí, Theo — replicó Brady, sorprendido— ¿Qué ocurre?

—¡La humanidad entera está en peligro!

CAPÍTULO III

—Sois basura oxigenada, mezcla de detritus químicos— dijo el «hombre» que estaba sentado en una butaca de la suntuosa sala, adornada con el más insólito y exótico gusto.

Frente a él había dos hombres auténticos, jóvenes y fuertes. Uno de ellos tenía rostro achatado, como de perro de presa. El otro, de facciones más regulares y expresión más inteligente, sonreía un tanto insolente.

Él fue quien dijo:

—Diga usted lo que quiera, jefe. Me importa muy poco todo lo que diga.

—¡Debía importante, Grok! Estás vivo porque a mí me da la gana.

—Eso es verdad. Pero también es verdad que a usted le interesa más tenernos vivos que en frascos de cristal.

El hombre sentado en la butaca sonrió despreciativamente. Era un individuo enteramente artificial, un auténtico «self made man» en todo el sentido de la expresión. Se había hecho a sí mismo. Ello le obligaba a vestir las ropas de la época.

Llevaba una chaqueta liviana, gris, muy larga, con numerosos bolsillos. La camisa, de peto, era brillante, del mismo color azul claro que los pantalones.

Su rostro era ligeramente redondo, aparentaba treinta y seis años y medía un metro noventa.

—Sin embargo, me admira que todos no seáis igual. Vosotros sois gente ruin, deleznable, capaz de matar a cualquiera de vuestros semejantes por un puñado de créditos al portador — siguió diciendo el hombre que se hacía llamar Karno Beta—. Pero hay seres humanos de mente clara y profunda, con sentido moral, inteligencia y raciocinio. Son seres cultivados, estudiosos, a los que he estudiado con atención.

»Elga Robins, por ejemplo, es una muchacha extraordinaria. He descubierto facetas en su cerebro que vosotros dos no sois capaces ni de soñar siquiera Gentes como ella son las que interesan para llevar a Malker. ¿Lo habéis comprendido bien?

—Sí señor — dijeron los dos hombres a un tiempo.

Karno Beta se levantó y fue hacia una mesita metálica, sobre la que había una caja de color azul. La abrió y sacó de ella dos gruesos fajos de billetes de mil créditos.

—Esto es lo único que os gusta. Tuve otros ayudantes a los que el dinero se les subió a la cabeza. Hube de librarme de ellos, eliminándolos. Y no pasó nada. Eran de demasiada baja condición para que la autoridad se fijase en su modo de morir. Les detuve el corazón. Y es que vosotros estáis llenos de flaquezas.

»Si me hubiesen interesado algo sus cerebros, los habría recuperado. Es fácil El dializador a distancia funciona maravillosamente. Elga Robins y el doctor Sako me están facilitando importantes datos. Puedo ver todo lo que saben. Y no dejaré ni una célula de sus mentes sin captar. Después, los abandonaré a su Suerte. Se pararán sus corazones y la descomposición iniciará la destrucción de sus cuerpos. Lo siento.

»Toma, Daimsy. Con esto vas a vivir en Nueva York como un potentado. Son cien mil créditos.

El aludido tomó el dinero con mano trémula. Su rostro de perro de presa tembló como si fuese de gelatina.

—¡Oh! —fue lo único que dijo.

El otro paquete de dinero pasó a manos de Tony Grok, quien lo tomó y se lo guardó en uno de sus amplios bolsillos laterales, dando luego un ligero golpecito sobre la tela de fibra elastómera.

—No hay más de diez personas en Nueva York que tengan tanto dinero como usted, jefe —dijo pretendiendo mostrarse halagador.

—Puedo hacer todo el dinero que necesite Tendréis más, muchísimo más. A cambio, quiero en mi poder los cerebros de las mil personas más inteligentes y capacitadas de este planeta — Karno miró con sus ojos brillantes y grises a sus dos sicarios humanos. — ¡con mil tengo suficiente! Vosotros averiguareis quiénes son y me daréis sus señas. Yo me encargare de ir a visitarles. Me acompañaréis hasta su domicilio, vigilaréis mi bólido y esperaréis mi regreso. Ese será vuestro trabajo.

— ¿No teme que podamos ir al Departamento de Justica y Ley a denunciarle? — preguntó Grok.

—No. Os he tenido cuatro días bajo estudio especial. He estudiado vuestras mentes. Supe elegir bien esta vez. Ni me denunciaréis, ni me abandonaréis. No os conviene. A mí no me puede ocurrir nada. Perdería, posiblemente, este bello refugio en la isla, y debería buscarme otro en lugar distinto. Pero vosotros habríais hecho un pésimo negocio.

—Descuide, jefe. Puede usted confiar en mí — dijo Daimsy,

torpemente—. Yo no iré a la policía.

—Además, si lo hicierais, no llegaríais allí. Ahora, marchaos. Tengo algunas cosas que hacer.

Tony Grok y Alp Daimsy inclinaron levemente la cabeza, dando media vuelta y dirigiéndose a la salida. La puerta se abrió y se cerró por medio de un influjo fotoeléctrico.

Al quedar solo, Karno Beta distrajo la mirada en torno a su extraña estancia durante unos segundos. Su inexpresivo semblante humano no delataba ni siquiera uno de sus incomprensibles pensamientos. Y, sin embargo, en alguna parte de su ser artificial, se albergaba algo semejante a un cerebro que pulsaba y latía, meditando.

Karno Beta había llegado a la Tierra algún tiempo atrás. No viajó a bordo de nave alguna. Simplemente, llegó por el espacio, sin prisa, sin forma, sin materia. Luego, se ambientó o se aclimató y adoptó una personalidad que él mismo se había «fabricado». Vistió su cuerpo y buscó un lugar tranquilo, cerca de Nueva York, para residir y llevar a cabo sus planes.

¡Karno Beta se proponía realizar el secuestro de los mejores cerebros de la Tierra!

Naturalmente, no quería la materia de que se componía esos cerebros. Deseaba la inteligencia, la esencia viva, lo incorpóreo. Y eso era lo que se llevaba a su refugio, robándolo al ser atacado por él.

Karno Beta era una inteligencia superior… ¡Y aún quería serlo más!

Al quedar inmóvil bajo la pantalla de radiaciones intermoleculares, el cuerpo artificial de Karno Beta pareció sufrir un estremecimiento. En realidad, era una contracción de su propio ser, al escapar de la envoltura de carne y hueso que él mismo se había creado.

La impalpable e invisible materia de que estaba hecho Karno huyó de la figura tendida bajo la pantalla, moviéndose dentro del extraordinario lugar en que había convertido el sótano de su mansión, en la isla de Johnston.

Lo más sobrecogedor eran los recipientes de metal transparentes, a modo de grandes botellas de cristal, donde se conservaban los distintos cuerpos humanos que Karno Beta había estudiado durante su estancia en la Tierra.

¡Eran seres vivientes, pero estaban aletargados, Sin espíritu ni voluntad!

Estaban inmersos en un gas que parecía irlos momificando. Su

aspecto humano se iba transformando lentamente, cambiando de hombres en monstruos, hasta que el gas terminase por consumirlos totalmente. Entonces habrían desaparecido por completo… ¡Entonces podría absorberlos Karno Beta, asimilarlos en su propio ser, y convertirlos en parte de sí mismo!

También asimilaría las inteligencias de otros seres humanos, las más privilegiadas, haciéndolas suyas. Diez o doce seres humanos desaparecerían y en ellos irían, amalgamadas, las memorias de otras mil personas, con las que Karno Beta abandonaría, terminada su misión, aquel mundo tan diferente al suyo.

Karno Beta se movió por el laboratorio hasta detenerse ante una máquina singular, que parecía construida enteramente de cristal, y que consistía en dos platos, como los de un torno, que giraban uno frente a otro, aunque en sentido contrario.

De algún modo, el espectro puso en funcionamiento la máquina, llamada por él dializador a distancia. Cuando ambos platos transparentes giraban silenciosamente a gran velocidad, empezaron a saltar chispas eléctricas de un plato a otro. La velocidad giratoria se aceleró hasta el extremo que los platos parecían estar inmóviles. Pero las chispas eléctricas eran intensamente continuas.

¡Y en medio de aquel campo electrostático penetró la invisible especie a la que pertenecía Karno!

Allí permaneció, momentáneamente visible en medio de la intensa corriente eléctrica, como una mancha oscura en medio de la luz voltaica.

¡Karno se estaba autoregenerando!

Al cabo de media hora, los platos del dializador empezaron a perder velocidad y el campo eléctrico perdió intensidad. En aquel tiempo, Karno había absorbido cientos de millones de voltios.

Cuando la autogeneración hubo terminado, el ser regresó al cuerpo humano tendido bajo la pantalla de radiación intermoleculares. Allí, la envoltura de Karno Beta se animó poco a poco, hasta recobrar sus enteras facultades.

Y el «hombre» se incorporó.

—¡Ah! —fue lo primero que dijo—. Ya necesitaba mi alimento.

Se levantó del todo. Iba vestido con un «maillot» azul claro, desde el cuello hasta las botas de plástico gris. Fue al perchero, donde había dejado su casaca y se la puso, mientras decía:

—Son unas criaturas extrañas. ¿Para qué necesitarán tantas células primarias? Si pudieran liberarse de sus cuerpos serían mucho mejor. Es un lastre, una carga, la que deben arrastrar estos seres.

Había una puerta metálica y sólida, que comunicaba con la escalera. Antes de abrirla, presionando un botón eléctrico, Karno aún echó una ojeada a los frascos de cristal que contenían las figuras humanas inmersas en gas.

—Adiós, Elga Robins... Adiós, doctor Sako. Tengo que ir en busca de ese Arthur Goodell. Espero que resulte una agradable compañía para ustedes. De momento, sé que es un ligero contratiempo para mí. Ustedes no conocen los fenómenos metapsíquicos, ni los pueden controlar. Sólo los estudian. Y ese joven Goodell ha llamado a la puerta de mi curiosidad. No quiero cometer ningún error. Si es necesario, lo eliminaré totalmente, aunque me gustaría estudiarlo de cerca.

»No importa donde lo hayan metido. Llegaré hasta su mente y la capturará, trayéndola aquí.

Dicho esto, sin dirigirse particularmente a nadie, porque nadie allí tenía razón para comprenderle, abrió la puerta y salió.

Era ágil en el andar, como un humano deportivo, y subió rápidamente la escalera, en la parte alta existía otra puerta, cuyo picaporte empujó. Salió a un oscuro vestíbulo, del que salió al exterior, bajo la estrellada noche atlántica.

El viento marino soplaba suavemente aquella noche casi estival. Al caminar por el sendero, hacia el hangar del embarcadero, donde estaba su bólido anfibio, contempló la luminaria de la próxima megápoli de Nueva York. La isla de Johnston estaba a menos de una milla de la millonaria población.

Karno entró en el hangar y subió al bólido. Se sentó ante el tablero de gobierno y por medio de un control a distancia, hizo que se abriera la compuerta exterior. Luego, antes de que se volviera a cerrar, el bólido salió, acelerando lentamente, hasta adquirir, en mar abierto, una velocidad de más de cien millas.

Karno llegó a un embarcadero del muelle doce, pocos minutos después.

Habían allí numerosas embarcaciones como la suya, descansando sobre la rampa de cemento. Un vigilante estaba sentado en una caseta de cristal. Karno dejó su bólido entre dos embarcaciones modernas, cerró los contactos y saltó afuera, dirigiéndose hacia el vigilante.

—Buenas noches, señor Pratt.

—Buenas noches, señor Beta. Bonita noche, ¿eh? —preguntó el vigilante, sonriendo.

—Sí. Ahí le dejo mi bólido. Échele un vistazo.

—Con mucho gusto. ¿Quiere que le llame un helicodisco?

—No. Iré dando un paseo. Voy a Central Park. Adiós.

—Adiós, señor Beta. Buenas noches.

Sin embargo, una vez fuera del puerto, Karno Beta hizo detenerse a un taxi de superficie y ordenó al conductor:

—Lléveme al Departamento de Justicia y Ley, amigo.

—Sí, señor.

Nueva York en el año 2532 había ampliado enormemente su radio periférico, pero continuaba siendo la población de mayores rascacielos del mundo. Enormes edificios de trescientos pisos de altura, se alzaban uno a continuación de otro a lo largo de todo Manhattan, y las avenidas principales disponían de pistas rodantes a distintos niveles de altura, donde la gente pedía trasladarse, a pie, sin necesidad de caminar apenas. Y, en medio de las pistas rodantes, se deslizaban, más raudos aún, los automóviles eléctricos de los servicios públicos municipales.

De aquel modo, arrellanado en su asiento, detrás del conductor, Karno recorrió buena parte de la megápoli, hasta detenerse en un aparcamiento próximo al Departamento de Justicia y Ley, donde Karno dio un crédito al conductor y recogió su cambio en moneda fraccionaria.

Luego, Karno descendió y se dirigió a la entrada del impresionante edificio metálico, del que, continuamente, entraba y salía una riada de gente.

El extraterrestre se confundió entre el público dentro de un inmenso vestíbulo donde se evacuaban consultas a cualquier hora del día o la noche. Había máquinas electrónicas que respondían a miles de preguntas legales, de información urbana, de transporte, viajes-, seguros oficiales, y hasta recibían denuncias e interrogaban.

Karno penetró en la cabina de una de aquellas máquinas. Un control robótico escuchaba desde el instante mismo en que se cerraba la puerta.

Karno se sentó en una silla, frente al visófono de la máquina y presionó el «open».

—Me llamo Robert Keener — dijo Karno—, y vivo en el apartamento 512 del edificio «Rosemere», en la calle doce.

—Correcto, señor Keener — replicó una voz metálica e impersonal—. Controlado.

—Deseo presentar querella contra el doctor Arthur Goodell, interno del Memorial Hospital Kennedy y adscrito a la Sección de Parapsicología. Le consulté sobre una cuestión de trastorno mental transitorio y me recetó una medicina equivocada.

»He ido al Memorial Hospital y me han comunicado que no se

encontraba allí. Temo que haya desaparecido.

—Correcto, señor Keener. Controlado. Aguarde unos instantes.

Karno se retrepó en su asiento y cruzó las piernas. Casi podía seguir mentalmente el proceso cibernético de la máquina electrónica, pasando por todos sus circuitos de clasificación, células de escrutinio, reíais y fotocontrol. Sólo necesitaba obtener una respuesta final.

Karno sonreía a medida que transcurrían los segundos sin que la máquina emitiera respuesta alguna. Sabía lo que estaba ocurriendo. Los controles llegaron hasta la «interceptación oficial». Ahora se movilizaría la maquinaria humana del Departamento de Justicia.

Aún pasarían cinco minutos hasta que se abriera la puerta. Pero se equivocó, porque sólo transcurrieron tres minutos.

La puerta se abrió de pronto y un agente le hizo volver la cabeza.

—Haga el favor de seguirme, señor Keener.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé. Me han ordenado que le lleve al despacho del teniente Theo Markham.

—¡Ah entiendo! Siempre he dicho que estas máquinas no lo solucionan todo.

Karno salió de la cabina y acompañó al agente hasta un ascensor privado al público, con el que subieron al piso ciento seis. Desde allí, por varios pasillos, llegaron hasta la oficina del teniente Markham, el cual estaba de pie, junto a su mesa, con una comunicación de control en la mano que arrojó sobre la mesa al aparecer Karno.

—¿Robert Keener? — preguntó Markham.

—Servidor.

—Siéntese, por favor —dijo Markham, quien añadió, dirigiéndose al agente —: Espere fuera.

—Sí, teniente.

Nada más sentarse, Karno empezó a trabajar. Aquel era el oficial encargado de la custodia de Arthur Goodell. Sentarse y lanzar un impulso mental hacia la mente de Markham fue todo uno. Inmediatamente, controló al oficial de policía, «dominándole».

—Siéntese, teniente.

Markham obedeció automáticamente, en rígida posición de «dominado».

—¿Dónde está Goodell?

—Encerrado en una celda especial, donde nadie puede entrar. Es la celda 400 A, de incomunicación.

—Correcto, teniente. Luego, saldremos de aquí usted y yo e iremos allí. Pero antes, hablemos. Dígame todo cuanto sabe usted de Arthur Goodell.

Markham replicó, sin vacilar:

—Goodell opina que Elga Robins está dominada por algo llegado del espacio. No cree que esté muerta, sino simplemente paralizada. En su mente ocurre un fenómeno que escapa a control científico. No sabe lo que es, pero escuchó a Elga Robins pedirle ayuda para librarse del ser que la domina.

»Alegó Goodell que, en cierto estado emocional metapsíquico, se puede llegar hasta el subconsciente de la paciente. Él lo hizo y repetimos la prueba con el doctor Tracy Kellerman. Goodell, por telepatía, alcanzó a captar el último mensaje de Kellerman, y así supimos lo que todavía no podemos considerar como la verdad.

—Es la verdad, teniente Markham. Por eso tengo que librarme de Goodell como me libré de Kellerman. Yo puedo matar o simplemente absorber. Pero Kellerman no me interesaba y corría el peligro de su intromisión. Sé que ustedes no dominan aún esas ciencias que llaman sobrenaturales. Y eso me tranquiliza.

»Yo quiero personas inteligentes, no individuos corrientes. Goodell no sé si lo es. Por eso quiero estudiarlo a fondo. Podría ser un ejemplar raro y singular. De ser así, vendrá conmigo a Malker. Si no lo es, le eliminaré.

»Una vez zanjado ese asunto, dedicaré mi tiempo a captar las inteligencias que necesito. Puede que nos volvamos a ver, pero usted no me reconocerá. No sabrá nada más de mí. Nadie me recordará y mi paso por este lugar quedará olvidado. ¿De acuerdo, teniente Markham?

—De acuerdo, señor Keener — replicó Markham, automáticamente.

—Bien, vamos a ver a Goodell.

—No le dejarán entrar.

—¡Usted dará la orden para que le sea abierta la puerta! — exigió Karno.

—No me obedecerían. En la celda 400 A, la incomunicación es absoluta. Nadie, absolutamente nadie, puede entrar allí.

—¡Vaya, no contaba con esta contrariedad! ¿Qué podemos hacer?

—Sólo puede usted hablar con él por visófono.

—Bien. Hablaré con él. Llámele.

CAPITULO IV

Arthur Goodell se sobresaltó al escuchar el zumbido del visófono. Se había quedado medio dormido en su asiento, pero se levantó de un salto y conectó el aparato.

Cuando se iluminó la pantalla y vio a Markham, sonrió:

—¿Alguna novedad, teniente?

—Sí. Alguien quiere hablar con usted... Le cedo el puesto.

Karno Beta apareció inmediatamente en la pequeña pantalla. Al verlo, Arthur tuvo un estremecimiento Comprendió por instinto que algo raro estaba ocurriendo.

—Buenos días, doctor Goodell. Bien sé que mi influencia mental no puede llegar hasta usted a través de la televisión, pero no importa. Un cambio de impresiones me ayudará a comprenderle.

—¿Quién es usted? — preguntó Arthur, procurando acallar los acelerados latidos de su corazón.

—Mi nombre no importa. En realidad no tengo nombre. Pero puede llamarme Karno Beta.

—¡No! ¿Qué ha hecho usted con Markham?

—Está... digamos hipnotizado. No tengo interés alguno en eliminarle, como a Kellerman. A este le maté porque era un peligro, dada la facultad que tenía de comunicarse con usted. Y mi deseo es matarle también a usted, pese a los obstáculos que han interpuesto entre nosotros.

—¡Usted no es un ser humano! —exclamó Goodell, retrocediendo, como si temiera que de la pantalla catódica pudiera surgir la muerte.

—No. ¿Para qué engañarle, amigo mío? Mi mundo está muy lejos de aquí. Yo vine a este planeta a través del espacio con el propósito de asimilar inteligencias humanas y aumentar así mis conocimientos del Universo. Es mi sino. En mi amoralidad, esto no es delito. No soy material ni corpóreo. Digamos que soy esencia palpitante.

—¡Usted es el diablo!

—No sea chiquillo, doctor Goodell. El diablo pertenece a su mundo a su concepción religiosa, con la que nada tengo que ver. Soy ser creado por evolución y asimilación, pero de otra esencia

distinta a la de ustedes. El Universo entero está poblado por multitud de seres diferentes, y no todos son materiales.

»Si he adquirido esta forma es para poder moverme en el medio ambiente de ustedes. Nada más.

—¿Y qué es lo que quiere de mí?

—Me gustaría penetrar en su mente. Pero veo que no es posible. Estoy seguro que sus guardianes no han dejado ni un resquicio por donde escapar, lo que me imposibilita poder llegar hasta usted. Sin embargo, voy a decirle algo.

»Deseo que salga de ahí voluntariamente. Supongo que si lo pide, se lo concederán. Pida salir libremente... ¡Y venga a verme!

—¿Para hacer de mí lo que ha hecho con Elga Robins?

—Si me obedece, no le dominaré. Tal vez me convenga usted como... ¡Ayudante! Va usted a aprender, conmigo mucho más que en el Memorial Hospital. Y estoy dispuesto a explicarle muchas cosas que no comprende.

—¡Si devuelve usted la vida a Elga Robins, haré lo que me diga!

Karno Beta, en la pantalla, se frotó el mentón.

—Elga Robins es una mujer sumamente interesante. Tengo su inteligencia en mi laboratorio, que es tanto como decir que tengo a Elga Robins. Su cuerpo es materia deleznable y se lo puedo regalar a la humanidad... ¿Qué interés tiene usted por ella, doctor Goodell?

—Interés personal. Admiro profundamente a Elga.

—Eso es interesante, doctor Goodell... ¡Muy interesante! Desde luego, la inteligencia de esa muchacha es extraordinaria. Hagamos una cosa y zanjemos de una vez este asunto. Salga usted de ahí y vaya, sin decir nada a nadie, hacia el muelle doce. Lleve un coche negro. Yo le daré instrucciones en cuanto llegue usted al muelle. Y si quiere ver viva a Elga Robins, lleve también su cuerpo. En el Memorial Hospital puede obtenerlo. Usted trabaja allí y le será fácil burlar a la policía. Haré por usted lo que no he hecho por nadie. Le devolveré la inteligencia a su cuerpo sólo por complacerle a usted. A cambio, usted se quedará conmigo hasta el momento de mi partida.

—¿Y luego?

—Bueno, como Elga Robins se vendrá psíquicamente conmigo, usted podrá elegir entre el aprovechar mis enseñanzas en beneficio propio o ajeno o convertirse en partes de mi esencia. Empiezo a ver que entra usted dentro de los mil cerebros que necesito... ¡Sí, es un ejemplar interesante... ¿Qué decide?

—De acuerdo, señor Karno Beta. Iré al muelle doce y procuraré llevar el cuerpo de Elga Robins en una camilla.

—Muy bien, doctor Goodell. Sé que no se arrepentirá. No tengo ningún interés en mentirle. Si cuenta todo lo que le he dicho, nadie va a creerle. Ni siquiera el teniente Markham, que olvidará inmediatamente mi visita. Adiós, doctor Goodell. Le esperaré al amanecer en el muelle doce.

* * *

Markham «despertó» en el mismo instante de cerrarse la puerta tras su visitante, al cual no recordó. Estuvo un momento pensando, como si quisiera llenar el vacío que parecía haberse hecho en su mente, y luego, condicionado por una orden de su subconsciente, que interpretó de modo distinto, presionó el «open» de su visófono y pidió comunicación con la celda 400 A.

Apareció inmediatamente la imagen de Arthur Goodell.

—¿Qué ha sucedido, teniente? — preguntó Arthur.

—¿Sucedido? ¿Qué quiere decir?

—¡Karno Beta ha estado en su oficina!

Markham miró subrepticiamente en derredor.

—No diga tonterías, doctor Goodell. Le llamo para saber si necesita algo. Voy a salir y...

— ¡Sí, yo también quiero salir de aquí!

—¿Qué le ocurre, doctor? Fue usted mismo quien dijo que su vida corría peligro. Ahí está protegido.

—¡Le repito, teniente, que Karno Beta ha estado en su despacho y ha hablado conmigo a través del visófono! ¡No hace ni un minuto que hemos terminado de hablar!

—¡Aquí no ha venido nadie, Goodell! Pero... Aguarde un momento — Markham fue a la puerta, la abrió y salió al pasillo. No había nadie. Al regresar ante el visófono, exclamó —: Para venir a verme es preciso una comunicación de control. Cualquier visitante viene acompañado de un agente.

—Bueno, dejémoslo — terminó Arthur, con expresión de cansancio —. Sé que no averiguaremos nada. Debo salir de aquí. El peligro que me amenazaba ha pasado ya.

—¡Está usted loco de atar, Goodell! Si lo quiere, le sacaré de ahí, pero no respondo de lo que pueda ocurrirle. El Prefecto Mayor me dio orden de ponerle en libertad. No hay acusación contra usted. Yo le expliqué lo que hacíamos y me dijo que no perdiera el tiempo en tonterías. No obstante, dado lo ocurrido a Tracy Kellerman, preferiría tenerle ahí algún tiempo más.

—Pues no deseo estar aquí. Quiero salir.

—¡Que me despellejen si le entiendo a usted! Está bien. Le sacaré de ahí y le haré vigilar.

—No se moleste. Volveré al hospital.

—Bien. Nos veremos dentro de un rato — dijo Markham, furioso, cortando la comunicación.

Apenas había hecho esto, cuando, por la ranura donde le llegaban las órdenes superiores, surgió una hoja azul. Maquinalmente, la tomó y pudo leer: «Otro caso análogo al de Elga Robins. El doctor Eiko Sako, historiador de origen japonés, se encuentra en estado de coma en su domicilio de la calle 46. Investigue el caso».

Markham lanzó una interjección. Guardó la comunicación en su mesa y abandonó el despacho, trasladándose al subsuelo del edificio, donde estaban las celdas de incomunicados especiales. Allí diligenció la libertad de Arthur Goodell, a quien recibió a la salida de los detenidos, firmando la excarcelación.

Cuando todo estuvo listo, Markham dijo:

—Tenemos un nuevo caso. ¿Conoce usted al historiador japonés, Eiko Sako?

—Sí, he leído algunas de sus obras. ¿Está igual que Elga Robins?

—Sí. Acaban de comunicármelo. ¿Quiere venir a verle? Todavía está en su casa.

—No. Prefiero regresar al hospital. Elga Robins me preocupa mucho más — contestó evasivamente Arthur.

Salieron juntos del edificio. Las avenidas estaban bastante desiertas.

—Puedo llevarle hacia el hospital. Voy de paso — dijo Markham.

—Gracias.

Subieron ambos a uno de los vehículos oficiales. Markham dio al conductor las señas del doctor Sako, y añadió:

—Pero antes deténgase en el Memorial Hospital, para dejar al doctor Goodell, Jack.

—Sí, teniente.

Durante el camino, apenas si intercambiaron algunas palabras. Al final, se estrecharon la mano ante la inmensa mole del hospital, donde Arthur descendió y penetró en el edificio por una de las numerosas entradas, para dirigirse directamente a la estación subterránea de ambulancias. Allí, se acercó a una de las cabinas de servicios nocturnos.

—Soy el doctor Goodell, de la Sección PP.

—Sí, doctor. ¿En qué puedo servirle?

—Necesitaré una ambulancia dentro de unos minutos, para trasladar a un paciente grave a su domicilio.

—Correctamente, doctor. Firme esta ficha.

Goodell estampó su firma al pie de la ficha. El empleado añadió:

—El conductor rellenará los demás datos después.

—Yo acompañaré al paciente. La ambulancia podrá volver inmediatamente, pero yo me quedaré un poco más allí. ¿Podrían conseguirme un coche negro, de alquiler? Se trata de un servicio particular.

Yo pagaré el gasto.

—Sí, doctor. Llamaré a la Agencia «Kemp». Está aquí cerca. ¿Ha de ser negro?

—Sí. Negro. — Arthur sonrió—. Soy sicólogo y tengo manías.

El empleado sonrió y Arthur se alejó hacia uno de ascensores rápidos de Urgencias Médicas. Antes de entrar, no obstante, en el ropero, pidió una bata a la enfermera de guardia, dando sus referencias.

En Urgencias Médicas, poco después, encontró más policías de los que esperaba. Por suerte, estaba allí el teniente Brady y se dirigió a él.

—Soy Arthur Goodell, teniente. Vengo a examinar de nuevo a Elga Robins.

—¡Ah, sí, doctor; claro! ¡Puede usted pasar! Sargento, deje pasar al doctor al quirófano.

En la sala donde estaba Elga Robins sólo había los dos agentes con las mascarillas. Arthur los saludó al entrar y se acercó a donde yacía el cuerpo, aparentemente sin vida, de Elga Robins, sobre la que se inclinó, tomándole el pulso, que apenas notó.

—Oficial — dijo luego, volviéndose a los dos agentes—, ¿quiere Usted ayudarme un instante?

Uno de los agentes se acercó.

—¿Qué desea?

—Elga Robins ha de ser llevada al autoclave ahora mismo.

—Lo siento. No tenemos órdenes.

—Envié esa orden esta mañana. ¿Por qué no se ha cumplido?

—El Director General del hospital dijo que era improcedente.

—¡Llamen al teniente Brady!

El agente pareció dudar. Pero como su compañero estaba allí, dio media vuelta y salió. Entonces, fingiendo furia, Arthur se encaró con el otro agente.

—¡El teniente Markham está encargado del caso! Si no llego a venir yo…

No terminó de hablar. Su puño derecho partió raudo y contundente hacia la mandíbula del agente, quien se desplomó a consecuencia del tremendo golpe.

Inmediatamente, Arthur corrió hacia la mesa camilla de Elga Robins y la empujó hacia la puerta del quirófano, la cual abrió sin miramientos para dirigirse a uno de los ascensores que comunicaban con el pasillo, y que estaba siempre cerrado para emergencias. Presionó el botón y la puerta se abrió. Empujó la camilla y cerró la puerta. Luego, descendió casi vertiginosamente, mientras utilizaba el micrófono interior para avisar al departamento de ambulancia, diciendo:

—Preparen la ambulancia del doctor Goodell en el ascensor U-12. La paciente está muy grave. No debe morir por el camino.

Este aviso galvanizó a los empleados de las ambulancias, los cuales se apresuraron a colocar un vehículo ante la salida del ascensor, mientras en Urgencias Médicas, el teniente Brady se quedaba estupefacto al descubrir al agente uniformado sin sentido y la desaparición de Elga Robins.

—¡El doctor Goodell! ¿Dónde está?

Brady no conocía muy bien los secretos del hospital. Hubo de salir precipitadamente a la recepción de Urgencias, donde en aquellos momentos las tres telefonistas estaban ocupadas en llamadas urgentes. Así se perdieron unos minutos preciosos. Luego, uno de los médicos sugirió la posibilidad de que Goodell podía haber utilizado uno de los ascensores rápidos.

Cuando se televisofonó al garaje, Arthur Goodell hacía tres minutos que habla salido, siguiendo a una ambulancia en un coche negro de alquiler. Y aunque Brady avisó al Departamento de Justicia e intentó localizar a Markham, no pudo hablar con él hasta diez minutos más tarde, cuando ya la ambulancia estaba de regreso y el conductor había comunicado la extraña conducta del doctor Goodell, diciendo:

—A la entrada del túnel de Lincoln, el doctor Goodell me hizo señas para que me detuviera. Así lo hice. Él penetró en la ambulancia, examinó a la paciente y ordenó trasladarla a su automóvil, a lo que intenté oponerme. Pero él insistió haciéndose responsable de todo. No tuvimos más remedio que envolver a la paciente en la misma manta que la cubría y colocarla en el coche del doctor Goodell. Pude observar que era Elga Robins.

—Sí. El doctor Goodell está en búsqueda y captura. Él será responsable de lo que ha hecho — respondió el teniente Brady, furioso—. Siempre he creído que los psicólogos están un poco

orates, ¡cuernos! ¿Para qué querrá Goodell a Elga Robins, en el estado en que está?

* * *

Cuando Arthur penetró en el embarcadero particular del muelle doce, amaneció. El vigilante se hallaba dormido dentro de su cabina de cristal. Sobre el asiento del vehículo, a la derecha de Arthur, envuelta en la manta, yacía, caída de lado, Elga Robins.

—¿Y ahora qué? — musitó Arthur, a media voz—. ¿Dónde está ese condenado individuo?

Hubo de esperar unos cinco minutos. Transcurrido este tiempo, oyó como una voz que parecía proceder de muy lejos, aunque repercutía extrañamente en su cerebro, que le decía:

—Doctor Goodell, estoy llegando al muelle. No me verá usted, porque no quiero correr riesgos. El bólido rojo está conducido por un sirviente llamado Tony Grok, quien le ayudará a colocar a Elga Robins en el vehículo anfibio. No se preocupe del vigilante. Le dejé dormido. Puede poner el coche en marcha y arrojarlo al fondo del embarcadero.

—Todo lo que estoy haciendo me costará caro — replicó Arthur, como hablando consigo mismo.

—No lo creo. Tanto si se queda usted aquí, como si se viene conmigo, su situación será privilegiada, estimado doctor Goodell. Las experiencias que adquirirá usted le serán muy valiosas en el futuro... ¿Ve usted ya el bólido?

Efectivamente, Arthur vio una embarcación aerodinámica surgiendo de la punta del muelle y acercándose hacia la rampa. Puso, pues, el coche en marcha y se acercó al lugar donde intuyó que el bólido iba a detenerse. Y cuando esto ocurrió, el elegante Tony Grok saltó a tierra, sonriendo:

—Vamos, doctor Goodell. No pierda tiempo... Me han dicho que debe usted deshacerse de ese cacharro. Póngale una marcha y salte.

Grok ayudó a Goodell a sacar el cuerpo aparentemente sin vida de Elga Robins, que pesaba poco. Grok la llevó al bólido mientras Arthur ponía el coche en marcha y lo dejaba ir hacia el fondo del embarcadero, donde no había ninguna embarcación. Caía el vehículo al mar cuando Arthur subía al bólido, sentándose al lado de Grok, quien maniobró y pronto se alejaba de la costa, a creciente velocidad.

—¿Dónde vamos?

—A una islita muy acogedora y tranquila, situada muy cerca.

¿Vienes a trabajar con Karno?

—Vengo a verle y a hablarle — replicó Arthur—. ¿Dónde está?

—¡Cualquiera sabe! Puede que esté aquí y puede que no esté. Cuando se le antoja, no se le puede ver. Sin embargo, nos oye y nos habla, si quiere… ¡Es la cosa más extraña que he conocido en mi vida!

—¿Y usted quién es?

—Me llamo Tony Grok y trabajo para Karno Beta. Es el patrón más generoso que he tenido nunca. Vea cómo visto. Ropa de cien créditos. Voy a comprar un apartamento en Nueva York, un coche, contrataré varias criadas, de esas como las que salen en la televisión… ¡Ah, esto es vida! ¿Y qué hago? Ni me preocupa. Con el señor Beta no corremos peligro alguno.

—¿Sabe usted que es un ser peligroso, llegado de otro mundo?

—¡Sí, claro! Él lo ha dicho. Nos repite constantemente que no somos más que basura química. ¿Y qué? Pero paga espléndidamente. Cuando me dijo que viniera a buscarles a ustedes, insinuó que, posiblemente, usted se quedaría con nosotros una temporada. En la isla no le faltará de nada, doctor Goodell. Aquello es un paraíso.

Arthur no replicó. Había estudiado bien a Tony Grok y sabía la clase de individuo que era. Un tipo sin escrúpulos, capaz de venderse al mejor postor, aunque fuera en perjuicio de toda la humanidad.

Y esto le hizo pensar en sí mismo. ¿No estaba él traicionando también a la humanidad por ayudar a Elga Robins? ¿Por qué no avisó a Theo Markham y le dijo lo que había ocurrido?

Pero ¿qué había ocurrido exactamente?

Arthur Goodell no estada ni siquiera seguro de haber obrado libremente o por iniciativa propia. No podía juzgarse a sí mismo. Lo único que le interesaba era ayudar a Elga Robins.

Se volvió y contempló su adorado rostro. Ella se merecía todos los peligros que pudiera correr. No le importaba ser detenido y encarcelado para siempre, si con ello podía devolver el ser a Elga.

¡Tampoco le importaba morir por la famosa artista!

De pronto, mirándola al rostro, vio cómo sus párpados se agitaban y se movían sus preciosos labios. Al mismo tiempo, escuchó a Karno Beta:

—Yo siempre cumplo mis promesas, doctor Goodell.

CAPÍTULO V

Elga Robins recobró totalmente el conocimiento cuando era trasladada por Arthur Goodell al interior de la extraña mansión metálica construida entre los árboles de la pequeña isla de Johnston. Él la había levantado en brazos, sacándola del bólido anfibio y no quiso que Tony Grok le ayudara.

La mente de la joven parecía aún aturdida, no sabía lo que le había ocurrido, y mucho menos podía saber en qué lugar se encontraba.

Por su parte, sólo pendiente de las reacciones de Elga, Arthur apenas se fijó en el lugar a donde le había llevado Grok.

—Bienvenidos a mi refugio — habló Karno Beta, apareciendo en la terraza, sonriendo.

Arthur le miró, sin responder.

—Pase y déjela sobre el sofá del vestíbulo, amigo mío —añadió Karno, indicando la puerta abierta de la insólita mansión.

Detrás de Arthur llegó Tony Grok. Todos entraron en la casa y Elga Robins fue depositada sobre un blando sofá de espuma forrada en verde.

—¿Dónde estoy? — preguntó entonces Elga Robins, mirando en derredor, con ojos inmensamente abiertos—, ¿Qué me ha ocurrido? Yo estaba en mi apartamiento de Queen's Road...

—Está usted en buenas manos, señorita Robins —replicó Karno, sonriendo siempre y tomando a Arthur Goodell, familiarmente del brazo—. Este es el doctor Goodell, de la Sección «PP» del Memorial Hospital Kennedy, de Nueva York. Es un gran admirador suyo y gracias al cual debe usted el haberse recuperado..., aunque sólo sea de modo transitorio.

»Yo soy Karno Beta, también gran admirador de usted y de su talento, dueño de esta casa rodeada de mar por todas partes y aislados totalmente de la civilización. Aquí estará bien, señorita Robins, aunque, de momento y tal vez para siempre, no podrá gozar de los aplausos de su inmenso público.

—¿Qué me ha ocurrido? — preguntó Elga, levantando la cabeza.

Continuaba envuelta en la manta y su expresión, al mirar a los hombres que tenía delante, era de infinita perplejidad.

—Ha sufrido usted un percance —dijo Arthur, piadosamente—. La creíamos muerta.

—¡Oh! ¿Y por qué me han traído aquí? ¿Y mi padre? ¿Dónde está Henry Schoker?

Elga se refería a su representante artístico, compañero inseparable de ella.

—Lo siento. No era posible permitirles venir. No debe preocuparse. Estará usted al cuidado del doctor Goodell... Ahora, les dejo. Supongo que tendrán muchas cosas de qué hablar... Grok, ven conmigo — añadió Karno, volviéndose a su colaborador—. Vamos a preparar el alojamiento de nuestros invitados. La señorita Elga necesitará ropa.

Karno y Grok se alejaron, saliendo de la estancia por una puerta interior, de cierre electrónico.

Arthur Goodell se arrodilló inmediatamente junto a Elga y dijo:

—Por favor se lo pido. No debe temer nada. Usted y yo estamos en una situación apuradísima, de la que no sé cómo vamos a poder salir. La hemos traído aquí porque no había otra solución.

—¿Qué es lo que me ha ocurrido? — insistió Elga, cubriéndose el busto pudorosamente con la manta y mirando fijamente a Arthur.

—No creo que pueda usted comprenderlo. No lo entienden los más eminentes médicos del mundo. Pero yo lo sé. Es algo increíble y fantástico. Algo pavoroso y horrible. Y por ello, no debe usted asustarse. Todo tiene límite en esta vida, incluso el miedo.

—¡Me aterroriza usted, doctor Goodell! ¿Qué lugar es este?

—Yo lo llamaría la antesala de la eternidad o de la muerte. Escuche Elga. Aunque no me crea, usted ha muerto.

—¡No! —gritó ella, desencajado el semblante.

—Ha muerto clínicamente. Entiéndame. No sé cómo, no por qué, está usted aquí. Le repito que todo escapa a la realidad... ¡Esto es lo más fantástico que le pueda suceder a nadie! Y, sin embargo, es cierto. Más de cien médicos la han examinado y comprobado su muerte.

—¡Pero yo estoy viva! ¡Yo hablo! ¡Yo...!

—Lo sé. Está usted viva, gracias a mí, que he hecho un pacto con ese engendro horrible, venido de sólo Dios sabe dónde. Por ese motivo le ha devuelto la razón. La policía también está investigando el caso. Pero, en verdad, nada o poco pueden hacer.

»He podido comprobar por mí mismo cuál es el enorme poder de Karno Beta, cuya explicación debe encontrarse en los más profundos arcanos de la metafísica. Ni siquiera sé si es ser o no. Parece que tiene el poder de penetrar en las mentes de los humanos.

—¡Eso es absurdo! —exclamó Elga.

—Absurdo o no, la realidad está aquí. Yo la he sacado del hospital, donde llevaba usted varios días en estado de coma, y la he traído aquí. Le aseguro que era el único medio para ayudarla... ¡Tiene usted que creerme!

—No puedo creer todo lo que me, cuenta, doctor Goodell... Ni siquiera sé si es usted médico. Lo que sí puedo asegurarle, es que no permaneceré más tiempo en este absurdo lugar. Y me marcho ahora mismo.

Elga Robins, envuelta en la manta, se levantó, arropándose con dignidad, y, descalza como iba, se dirigió hacia la puerta, sin que Arthur Goodell hiciera nada por detenerla. Como él había supuesto, la salida carecía de picaporte y mucho menos de cerradura, y no había modo aparente de abrirla, pese a que ella golpeó repetidas veces sobre la planta metálica, de extraños dibujos super-impresionistas.

—¡Tengo que salir de aquí! ¡Si no me abren esta puerta, les denunciaré a todos por secuestro! — gritó Elga, entonces, viendo frustrados sus propósitos.

Arthur se encogió de hombros y dijo:

—Ni siquiera sé cómo salir de esta estancia. Sé que estamos en una islilla, a poca distancia de Nueva York. Ese hombre que dice llamarse Tony Grok me fue a recoger al muelle doce. Yo tampoco puedo salir de aquí, créame.

—¿Dice usted que me sacó del hospital y me trajo aquí?

—Sí.

—¿Qué hacía yo en el hospital? Recuerdo que estaba en mi apartamiento de Queen's Road y sentí un vahído...

—¿No habló usted conmigo? ¿No me pidió ayuda mientras yacía en el hospital? — preguntó Arthur.

—¿Yo? No le he visto en mi vida, doctor Goodell.

—Bien. Por favor, señorita Robins. Le ruego que se siente. Le explicaré todo lo ocurrido, desde el principio al fin. Créalo o no, es la pura verdad.

»Eminentes médicos de todo el mundo la examinaron y coincidieron en que, clínicamente, usted estaba muerta. Su cardiograma era positivo, pero el encefalograma indicaba la paralización total del cerebro. En esas condiciones, nadie puede volver a la vida...

* * *

Elga Robins estaba sollozando, en el sofá, cuando apareció por la misma puerta que se había ido, Karno Beta. Se acercó a la pareja silenciosamente y dijo:

—No llore usted, señorita Robins. No deseo hacerle ningún daño. El hecho de haberla elegido entre cientos de millones de seres humanos, debe considerarlo un tributo que rindo de admiración hacia su inteligencia.

»Está usted destinada a una misión más elevada que la de entretener a los espectadores de la televisión mundial.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí? ¡Yo no puedo creer todo lo que me ha dicho el doctor Goodell! — le interrumpió ella, exaltadamente.

—Créale, señorita Robins. Es cierto. Aunque el doctor Goodell no se lo ha explicado todo. Ahora, por favor, le ruego que me acompañe. Hemos preparado su habitación, donde tiene usted elegantes vestidos para ataviarse. No es decente que una dama tan famosa como usted vaya vestida con la manta de una ambulancia.

—¡Exijo que me devuelva usted la libertad! ¡Necesito volver a mi trabajo!

—Lo siento, señorita Robins — replicó Karno, tristemente—, Eso no es posible.

—¡Es usted un criminal, un repulsivo secuestrador, un…!

—No soy ni siquiera humano — atajó Karno—. No participo de las emociones primitivas de su raza. Realizo una misión de supervivencia y sé que su destino será mucho más elevado a mi lado que sirviendo de distracción a esos individuos hechos de la peor mezcla química que conozco.

»Usted vendrá a Malker formando parte de mi inteligencia. Será usted parte de mí mismo, de mi propio ser energético. Será indestructible inmensamente sabia, rauda como el rayo y etérea como el átomo. Será parte de la esencia pura del ser.

—¡Está usted loco! — gritó Elga Robins.

—Usted no me comprende… Grok, acompaña a la señorita Robins a su cuarto. Cuando esté lista, puede salir a cenar con el doctor Goodell, a quien deseo mostrar ahora mi laboratorio.

Tony Grok, que había llegado detrás de Karno, se acercó.

Elga, puesta en pie, miraba a Arthur. Este asintió, como indicándole que debía obedecer.

—Ten mucho cuidado con la señorita Robins, Grok. Si le ocurre algo, date por muerto — declaró Karno.

Grok no se inmutó y dijo:

—Descuide, señor Beta.

Elga fue detrás de Grok y Karno señaló a Arthur el camino que conducía al sótano. Primero se abrió la puerta del pasillo, al fondo del cual había otra puerta. Las escaleras venían a continuación.

Siempre siguiendo a Karno, sin verle en ningún momento accionar resorte electrónico alguno para descorrer las puertas metálicas, Arthur llegó con su anfitrión al sótano, donde quedó paralizado al ver los grandes recipientes de cristal, donde estaban los cuerpos de las víctimas de aquel engendro maléfico y odioso.

—¿Quiénes… son? — tartamudeó Arthur.

—Pobres infelices de la raza humana, desheredados de la fortuna, parias que he recogido casi agonizantes. Les he hecho un enorme favor al traerlos aquí.

—¿Por qué?

—Me son necesarios — replicó Karno, acercándose a uno de los recipientes—. Eso es debido a la extraña morfología humana. También influye la sicología del hombre. Preste atención, doctor Goodell. Yo necesito mil inteligencias de primer orden,

»Naturalmente, casi todas ellas están albergadas en cuerpos humanos conocidos o importantes. Yo no quiero, y no puedo, llamar excesivamente la atención a las autoridades de las naciones de la Tierra, sobre mis propósitos. Si desaparecieran mil primeras figuras de las ciencias, el escándalo sería enorme.

»Incluso, cabe la posibilidad que se iniciase una investigación a escala universal y no sé hasta dónde podría eso perjudicarme.

»Deseo pasar, hasta cierto punto, desapercibido. Luego, irme del mismo modo que he venido, y el tiempo se encargará de hacer olvidar lo ocurrido que, salvo usted, nadie encontrará explicación.

»Pues bien. Mi fin es asimilar esas mil inteligencias. Lo malo es que la inteligencia sola no es asimilable. En ustedes hay espíritu, hay corazón, hay virtudes genéticas y hereditarias. Son, en cierto modo, complejos.

»Y eso es un agudo problema que yo he resuelto de modo extraordinario. Asimilo, en primer lugar, todo el cuerpo. Véalos. Están llegando al punto básico de descomposición. A esos cuerpos, sólo tengo que traspasarles las inteligencias que recojo de las primeras figuras humanas. Luego, inteligencia y figura se diluye totalmente en el gas, el cual convierto en energía a través de mi dializador a distancia, que es ese aparato que ve usted ahí.

»Este pobre individuo puede servirme para asimilar la inteligencia de la señorita Robins. ¿Va comprendiendo usted?

— ¿Y por qué no mete dentro de estos frascos a la persona real que le interesa? — preguntó Arthur. Si desea usted la inteligencia

de Elga Robins, ¿por qué no coloca a ella directamente ahí dentro?

—No me ha comprendido. Si además de la inteligencia de Elga Robins me llevo también su cuerpo, que es más fácil, el escándalo sería fenomenal. La prensa de todo el mundo se volcaría sobre los Departamentos de Justicia y Ley, preguntando lo que ocurre. Sería algo caótico y de resultado imprevisible. Mi labor es lenta. Si me descubren, todo cuanto he construido aquí podía ser destruido y yo podría sufrir algún contratiempo.

»No. Me llevo lo que me interesa y les dejo el cuerpo para ellos. Tengo otros cuerpos que no tienen tanta importancia como una prestigiosa actriz.

»La ciencia médica se devanará los sesos pensando en qué extraña enfermedad es esa que paraliza las mentes y deja vivo el corazón; aunque esto no es enteramente cierto, puesto que los corazones que yo dejo latiendo terminan por detenerse una vez transcurridos más o menos tiempo.

»En cambio, Grok y Daimsy me proporcionan estos pobres desheredados que me sirven del mismo modo, aunque los genes hereditarios son un pequeño inconveniente. Nada importante.

»A estos individuos les vacío totalmente el cerebro de ideas. Se las quito y las tiro, porque no sirven para nada. Es preciso mucho esfuerzo mental para imaginar que estos seres pueden llegar a ser algo.

»Su cerebro queda totalmente virgen. Entonces el dializador a distancia «capta» la inteligencia que yo le proporciono, la asimila y la «absorbe», pasando a formar parte de un organismo humano enteramente nuevo.

»Inmediatamente, empieza la descomposición orgánica, provocada por el gas letal que contiene la botella. ¿Me comprende usted, doctor Goodell?

—Sí, sí murmuró Arthur, apenas sin voz, sintiendo que le temblaban las piernas.

Cuando la botella ha diluido el cuerpo, dentro hay un gas orgánico mezclado con todos los residuos que componen el cuerpo humano. Coloco la botella en el dializador, la someto a un tratamiento energético… ¡Y transformo el gas en energía vital, la cual asimilo entonces yo fácilmente!

»La inteligencia que me interesaba captar penetra en mí y los restos del vehículo humano son desintegrados totalmente.

—No lo puede creer. ¡Parece una quimera, una pavorosa y horrible pesadilla! ¡Destruye usted seres humanos para captar su inteligencia y su razón! ¡Esto es abominable! — gritó Arthur,

transfigurado y dispuesto a terminar con aquel monstruo.

Saltó hacia Karno, engarfiadas las manos y logró agarrar su cuello. Los dedos se hundieron en una materia blanda y pastosa, cuyo contacto le causó una tremenda repulsión, haciéndole soltar a Karno y retroceder instintivamente.

—¿Qué le ocurre, doctor Goodell? ¿Por qué no sigue apretando mi cuello? ¡Ja, ja, ja! No sea ingenuo. Esta figura que usted ve es materia inerte, sin vida humana. Yo me presento así ante ustedes para no disgustarles con mi total «ausencia». Es una atención que le tengo.

»Usted no puede matarme. Posiblemente, esto que parece un cuerpo humano y que se comporta como tal, podría ser destruido. Pero yo no sufriré daño.

»Sea comprensivo y reconozca que nada puede hacer contra mí. Ni usted ni nadie pueden dañarme, porque yo no soy humano. No debe impresionarse por eso. Es lógico. Le he explicado el proceso que sigo para obtener inteligencias vivas. ¿Ha escuchado usted algo más insólito?

Arthur denegó con la cabeza.

—Naturalmente que no. Ni siquiera ha visto cómo envuelvo a mis víctimas y les arrebato la inteligencia. Puedo hacerlo con usted ahora mismo. Pero no orea que estoy enojado. Me divierte su infantilismo.

»Usted ha venido aquí, saliendo voluntariamente del encierro donde se encontraba, y a donde yo no podía llegar aunque parezca extraño, porque quería ayudar a Elga Robins. Su admiración por ella es tal que le ha hecho contravenir la ley y traérmela en persona.

»No era necesario, como ha podido ver. La inteligencia de la señorita Robins se encontraba ya aquí, en mi poder. Lo único que he hecho, ha sido devolvérsela a su cerebro. Y ahora está viva.

»Yo no la quería a ella, porque ya la tenía... ¡Le quería a usted!

—¿Por qué a mí? —inquirió Goodell.

—Se lo dije ya. Pero ustedes son parcos en comprender. Usted es un peligro para mí, del mismo modo que lo era Tracy Kellerman. Ustedes dos poseen medios metapsíquicos que pueden penetrar incluso en el subconsciente de las mentes.

»Yo quería matarle a usted, como maté a Kellerman. Y fui a buscarle. Pero me encontré con una sorpresa. Estaba usted encerrado donde yo no podía alcanzarle.

—¿No podía llegar hasta mí, siendo incorpóreo?

—No. Soy energía, pero la energía no puede atravesar muros de

acero, porque provocaría un trastorno nuclear. Debo tener cuidado al moverme. Yo sólo me muevo en espacios abiertos, en el vacío o en grandes masas de hidrógeno, oxígeno o nitrógeno. No puedo interceptar cohesión molecular alguna, porque yo sería el primero en pagar las consecuencias. El orden establecido por los cuerpos en el espacio obedece a leyes inmutables. La naturaleza es un enorme máquina, precisa y fiel, que se rige por el mismo orden de los cuerpos celeste.

»Todos los seres estamos limitados por algo. Y, naturalmente, ustedes, que son materia, están mucho más limitados que yo.

—¡Nosotros también tenemos energía! —replicó Arthur, blandiendo furiosamente el puño.

— ¡Ja, ja, ja, qué buen chiste, doctor Goodell! ¿Qué energía? Unos pocos ergios, apenas suficientes para mover una masa reducida. ¡Qué tontería!

»Yo puedo desarrollar energía suficiente para dar luz eléctrica a Nueva York durante veinte años. Si me lo propongo, absorbo toda la corriente eléctrica que producen todas las centrales atómicas de este planeta... ¡Y puedo asegurarle, doctor Goodell, que mi energía es insignificante si la comparamos con la que existe en el Universo!

»¡Usted no sabe lo que dice! Ahora voy a permitirle presenciar la dialización a distancia de la inteligencia de un sabio historiador, de origen japonés, que acabamos de traer y cuya muerte no tardará en comunicarse a la prensa.

»Deberá usted, sin embargo, penetrar en esa cabina antienergética. Aquí no podría resistir la altísima tensión que mis condensadores de «malkerina» van a producir. Se fundiría usted en un segundo.

Karno señalaba hacia una especie de ventana rectangular, transparente, que había en un rincón.

CAPITULO VI

Al mediodía, durante la comida, en un exótico salón, con vistas a las rocas y al mar, detrás de cristales irrompibles, y rodeados de una lujuriante decoración, que era lo más complicado y fastuoso que Arthur había visto en su vida, el joven psicólogo explicó a Elga Robins todo lo que había escuchado decir a Karno.

Estaban solos. Alp Daimsy les había servido la mesa y luego se retiró torpemente. Tuvieron que colocar los cubiertos en su sitio, porque Dios no había llamado al brutal Daimsy por el camino del servicio doméstico. Lo había hecho por encargo de su amo.

Antes de salir, Alp Daimsy rezongó:

—Si desean algo más, toquen ese timbre.

Por su parte, Elga Robins se había vestido elegantemente. Pero las finas telas de fibras metálicas caían con tanta naturalidad sobre su figura esbeltísima, que daban la impresión de ser tosco tejidos en cuerpo tan llamativo y escultural.

—No han reparado en gastos para vestirme — observó Elga.

—¡Está usted muy hermosa, señorita Robins! —declaró Arthur, arrobado.

Luego, se sentaron a comer sin apetito los delicados manjares que les habían puesto a la mesa.

—La cena de los condenados-— observó Elga—. Parece como si quisieran cebarnos para resultar más apetitosos en el banquete del ogro. ¿Cuánto tiempo nos falta?

—No lo sé, señorita Robins.

—Por favor, doctor Goodell. Deje usted de mirarme como si fuese una figurilla de porcelana «Ming». Debe usted saber que soy de carne y hueso y mujer como las demás.

—No, perdone. No es usted como las demás mujeres.

—¿Me ha contemplado bien o quiere que me vuelva a quitar la ropa? — replicó ella, un tanto enojada.

—Perdone. Cuando yo fui a reconocerla, ya lo habían hecho más de un centenar de médicos. Yo jamás vi su cuerpo. Se lo aseguro.

—Ustedes, los médicos, son especiales... Perdone, doctor Goodell; no he querido ofenderle. Estoy muy nerviosa. No sé si echarme a llorar como una niña o pedirle que me administre una

muerte dulce.

—Yo no la sometería jamás a la eutanasia, señorita Robins.

—Puede llamarme Elga, se lo suplico. Estoy apreciando en usted excelentes virtudes de amigo. Lo que ha hecho por mí, en el supuesto de ser cierto todo lo que me han dicho, le califica extraordinariamente como un devoto admirador.

—Lo soy. La policía se fijó en ese detalle. Dijo el teniente Markham que yo la admiraba a usted de un modo... excesivo. ¡Eso fue lo que dijo!

Elga sonrió encantadoramente. A Arthur no le habría importado morir envenenado en aquel instante.

—Es usted muy bueno... ¿Arthur? ¿Es ese su nombre?

—Sí, Arthur — repitió él.

—¿Quiere uno de estos langostinos con fresa, Arthur?

— Gracias. Lo que he visto en el laboratorio de Karno Beta me ha quitado el apetito.

—¿Qué ha visto usted?

—¡La mayor fuente de energía eléctrica que jamás puede soñar nadie! Un verdadero haz de chispas eléctricas, saltando a más de tres metros de distancia, de un campo magnético a otro, envolviéndose vertiginosamente, en un festival de luz inverosímil... ¡Y en medio de ese haz gigante, penetró, aunque yo no pude verlo, la inteligencia de un historiador de origen japonés, que Karno ha capturado hace poco!

»Ahora, según palabras de Karno, el doctor Eiko Sako se ha convertido en materia energética, y su inteligencia ha penetrado en un cerebro ajeno.

—¡Qué fantásticos! —exclamó Elga, estremeciéndose— ¿Eso mismo es lo que se propone hacer conmigo?

Arthur asintió.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Ahora, Karno ésta fuera de la isla. Tenía que ir a estudiar la mente de un consejero económico de la Financial Society Holm. Creo que se trata de un hombre importante dentro de las matemáticas. Si le complace a Karno, la sociedad habrá de lamentar la pérdida de otro personaje importante.

—¿Y no se darán cuenta de lo que ocurre? — preguntó Elga.

—¿La ciencia? ¿Cómo van a imaginar semejante cosa? La explicación razonable, en vista de la repetición de casos, es suponer que se trata de una especie de epidemia que ataca únicamente a cerebros privilegiados. Nadie supondrá jamás que «algo» está coleccionando inteligencias vivas. Es demasiado absurdo.

Elga se puso en pie bruscamente y se dirigió al mirador, desde donde se veía perfectamente, en la distancia, la megápoli de Nueva York. Allí, mirando al mar, nerviosa y trémula, exclamó:

—¡Hemos de encontrar el modo de salir de aquí, Arthur! ¡Usted me ha traído, usted tiene que sacarme!

—¿Yo? Recuerde que la he traído después de hacer un trato con Karno. De lo contrario, en estos momentos, ya estaría definitivamente muerta. No puedo hacer nada más.

—¡Tiene usted que hacerlo, doctor Arthur Goodell! ¡Usted conoce todos los planes de ese monstruo! ¡Yo no quiero morir de ese modo, achicharrada dentro de un haz de electrones!

Ella se había vuelto a mirarle. Su expresión de espanto no era fingida. Arthur sabía que en aquellas circunstancias no estaba fingiendo. Delataba el miedo. Era humana. Y la compadeció.

—Haré todo lo que pueda para prolongar su vida, Elga Confíe en mí. Y si ha de morir ¡moriremos juntos!

Fue hacia ella y la tomó en brazos, tratando de confortarla. Elga rompió a llorar, abrazada trémulamente a él. Gimió:

—Estamos a una milla de Nueva York... Ahí está nuestra salvación... Dígale usted a esos hombres que les daré lo que me pidan, si nos dejan marchar. Soy una mujer muy rica, como usted debe saber.

Arthur soltó a Elga y fue a tocar el timbre indicado por Alp Daimsy.

* * *

Resultó ser un tipo sencillo, tosco, sin complicaciones. Simple como él mismo.

—No puedo, doctor Goodell. Ya sabe usted cómo es el señor Karno. Si pudiera, les dejaría salir.

—¡Le daré todo lo que me pida, Daimsy! ¡Será usted famoso!

—Los muertos no son famosos, señorita Robins. Yo la conozco a usted muy bien. La he visto trabajar muchas veces. ¿Qué no haría yo por usted, si pudiera?

»El señor Karno está en todas partes, tanto dentro de esa figura que se ha hecho, como fuera. A veces me habla a la espalda, me vuelvo y no le veo. Otras veces, le he visto pasear por la playa. Yo he estado dentro de la casa, y su voz ha cruzado los muros, llegando hasta mí.

»Y no es eso solo. Estando él aquí y yo en Nueva York, me ha hablado. No sé cómo puede ser. Nadie puede hacer eso, según creo.

Pero él lo hace.

»Nos vigila en todo momento No podemos traicionarle. Sé que tenía otros ayudantes, a los que cubrió de dinero y bienes, y que se fueron para no volver. A todos los ha metido en esas botellas que posee en el laboratorio. Y hay un depósito con más de cien cuerpos muertos, que conserva en una especie de nevera. Son infelices que hemos recogido entre Grok y yo, de los lupanares. Gentes a las que nadie echará de menos. Estaban medio muertos ya. Con traerles aquí, les hacíamos un favor.

»No, de verdad. El poder oculto del señor Karno es inmenso. No le puedo traicionar. Antes de irse me dijo: «El doctor Goodell estará aquí como en su casa. Puede hacer lo que quiera, menos irse. Y la señorita Robins se encuentra en las mismas condiciones».

»Pídanme lo que quieran, menos traicionar al amo.

—Esa fidelidad no le beneficiará en nada, Daimsy —contestó Elga—. Está usted fuera de la ley. Cuando él se marche, a usted pueden detenerle y ejecutarle.

—No creo que eso pueda ocurrir. Pero si fuese así, mala suerte. No podré quejarme — dijo Daimsy con llaneza—. Yo no era nada cuando el señor Karno se fijó en mí. Había estado intentando conseguir trabajo en un gimnasio.

»Yo fui boxeador del peso medio. Nunca llegué a campeón. Nunca gané nombre ni dinero. Así pasé años, viviendo como pedía. No tengo estudios.

»Los hombres como yo a poco pueden aspirar en la vida. Y, por si fuese poco, tengo una cara que inspira escasa confianza a la gente. No soy como Grok, que es bien parecido.

»A él le quedaba el recurso de jugar a naipes. Así se iba ganando la vida. Pero yo ni eso sabía hacer. Habrían pasados los años y la situación sería peor. Lo único que me quedaba era caer en manos de tipos como «Buggy» Cochram, prestarme a «tongos» fraudulentos, caer aturdido a golpes y cobrar unas décimas de crédito. Nada Sería peor.

»También me quedaba el fondo del mar. Hay gente que elige ese camino cuando la vida les vuelve la espalda

»Yo estaba desesperado, sin comer apenas. Y pensaba en una solución. Sabía de un amigo que estaba con un «gang». Creo que me habría dado algún trabajo. Pero cuando fui a buscar a Mike me enteré que le habían detenido. Hay que ser muy hábil para robar en estos días. Los del «Departamento» están muy bien preparados.

»Y no me quedaba más que el fondo del mar. Allí estaba, a la orilla del embarcadero, cuando se me acercó el señor Karno. Me

habló y me dejó maravillado. ¡Sabía de mí más que yo mismo!

»Fue entonces cuando me propuso ir con él. Necesitaba un ayudante para su trabajo. A cambio de ello, me ha convertido en el hombre más rico del mundo... Bueno, igual que Grok. ¡Miren qué ropas llevo! ¡Yo como de todo eso que tienen ahí!

»Cada vez que salimos, nos «larga» un fajo de créditos que para sí quisiera el más acaudalado banquero. Mi vida ha cambiado totalmente. Y el señor Karno nos ha dicho que, cuando él se marche, algún día, todo lo que tenemos, tanto aquí como en la ciudad, será nuestro.

»Es mucho lo que debo a ese hombre. Lo reconozco. Pero créame si les digo que renunciaría a todo con tal de ayudarles... La verdad es que no puedo

Tanto Elga como Arthur habían escuchado el relato, penetrando en el hondo sentir humano del hombre al que la naturaleza había dado un aspecto de rufián. Alp Daimsy hablaba como pensaba. No podía hacer otra cosa. Y él sabía muy bien lo que estaba ocurriendo en la isla de Johnston, aunque no pudiera comprenderlo.

Fue Arthur, sicólogo, después de todo, quien respondió:

— Gracias, Alp. Has sido sincero.

—¡Ni una puerta puedo abrir sin que se entere él!

Elga se sentó en una butaca y escondió el rostro entre las manos.

—Está bien, Alp. Sea lo que Dios quiera. Gracias de todos modos. Si yo he de morir, disfruta tú, al menos, de la vida y de los placeres que te fueron negados. Yo creo que... Bueno, aunque sólo tengo veinticinco años, he gozado de la fama y del bienestar. Quizás sea este mi destino.

—Lo siento, señorita — dijo Daimsy, retirándose.

—La única esperanza que nos queda está en Theo Markham — apuntó Arthur.

— ¿Quién es?

—Uno de los tenientes de policía que investigan el caso. Creo que sabe de qué se trata ya. Habrá comprendido que mi desaparición obedecerá a fuertes razones.

»Toda la policía estará movilizada ya, tratando de encontrarme. Y si son hábiles, como espero, no dejarán ni esta isla por registrar.

—¿Crees que...? — preguntó Elga, mirando intensamente a Arthur.

—Es una esperanza, Elga. No tenemos otra.

—Pero ¡tú puedes pedirle a Karno Beta que renuncie a mí! Contigo ha hecho un trato especial.

—Hablamos de que mi admiración por ti era muy grande. Eso le

interesó. Me dijo que me permitiría estar contigo algunos días, antes de eliminarte.

—¿Eliminarme? ¡Hablas de un modo terrible, Arthur! —exclamó Elga, sobresaltada— ¡Sé más considerado!

—Lo siento. Creo que puedo conseguir de él que te deje para el final de sus experiencias.

—¿Cuánto tiempo? — preguntó Elga, anhelante.

—No lo sé. Depende de lo aprisa que trabajen. Puede ser un mes, un año... ¡No lo sé! —contestó Arthur—. De todas formas, el tiempo que sea no nos faltará de nada. Eso es una auténtica jaula dorada.

—¿Y no piensas luchar contra él? — increpó Elga.

—¿Cómo? Dime lo que puedo hacer y lo haré.

—¡Esto! —exclamó Elga, agarrando un pesado candelabro de oro y yendo hacia la ventana de cristal.

Golpeó con todas sus fuerzas y no consiguió más que un ruido seco, como de metal golpeando contra mental. Después de varios furiosos golpes, sin éxito, porque aquel cristal parecía ser absolutamente irrompible, arrojó el candelabro al suelo y se echó en un largo sillón, sollozando.

Arthur, conmovido, se acercó a ella, acariciándole el cabello.

* * *

—¡Búsquenle! — gritó Theo Markham, hablando por un micrófono que tenía en las manos, para luego volverse al teniente Dick Brady, que se encontraba a su lado, dentro de aquella gran sala de control, donde trabajaban más de quinientos funcionarios de policía.

Aquella era la sección de comunicaciones. Continuamente llegaban allí avisos y se enviaban mensajes urgentes a toda la megápoli. Enormes mapas electrónicos de la ciudad, con numerosas lucecitas en todas las calles que se apagaban y encendían intermitentemente, mantenían la atención de los oficiales de seguimiento y localización de vehículos. Los visófonos zumbaban. Las máquinas múltiples de computación instantánea no cesaban de funcionar, extrayendo informes, datos. Habían también una serie interminable de pantallas de televisión, en las que aparecían constantemente rostros exactamente iguales al de Arthur Goodell, cuya imagen tenían en aquel momento todos los agentes de Nueva York.

En medio de aquella increíble Babel, Theo Markham, oficial

encargado especialmente por el Prefecto Mayor, dirigía la más intensa redada llevada a cabo jamás en la moderna ciudad de los rascacielos.

—¡Especialísima dedicación al hombre! —dijo Markham, por otro visófono—. ¡Hay que encontrarle u ocurrirá un desastre terrible!

—Theo, una llamada del Prefecto Mayor — advirtió Dick Brady.

Markham se dirigió al visófono donde aparecía el busto del Prefecto.

—Diga, señor.

—¡Teniente Markham, póngase usted a las órdenes del general Gramp! —exclamó la máxima autoridad policial de la ciudad—. Es una orden terminante del Presidente.

Theo Markham esperaba algo de esto y no se decepcionó.

—Lo siento, señor. No puedo perder tiempo en tonterías. Si el general Gramp quiere llevar las riendas de este asunto que movilice al ejército y actúen por su cuenta. He asumido la responsabilidad y…

Theo Markham no pudo seguir hablando. Se llevó la mano a la cabeza, se tambaleó y hubiese caído desplomado si Dick Brady, a su lado, no le sostiene, gritando:

—¡Theo! ¿Qué te ocurre?

—Me siento morir -; Me muero, Dick!

Nada más decir esto, Theo Markham quedó inerte en los brazos de su compañero, quien lo depositó suavemente en el suelo, mientras que a su alrededor se formaba un corro de agentes que habían abandonado sus puestos para prestar su ayuda.

En el visófono, el Prefecto Mayor gesticulaba violentamente.

Acudió un médico forense, del servicio de medicina legal, y, tras un breve reconocimiento, dijo:

—Un ataque cerebral… Lo siento. Está muerto.

Había parálisis cerebral, pero el corazón todavía latió unas horas. Theo Markham murió del mismo modo como había muerto Tracy Kellerman. Asesinado fríamente por un ser impalpable, cuyos pensamientos podía matar a distancia.

Karno Beta había ido al Departamento de Justicia y Ley una vez más. Sabía que toda la policía de Nueva York estaba buscando a Goodell y algo le hizo temer que, bien coordinada, la fuerza pública podría causarle algún problema.

Además, Theo Markham era el único detective que sabía lo suficiente acerca del caso, aunque sólo fuese por lo que le había dicho Goodell.

La actuación de Markham, tanto en el caso de Elga Robins, como en el de Tracy Kellerman o el de Eiko Sako, obedecía a hechos intangibles, pero hechos. Esto era innegable. Allí ocurría algo fuera de lo normal. Y por ello advirtió a sus superiores, poniendo en conmoción a toda la policía.

Logró dar la alarma. Esto fue suficiente.

Luego, con su muerte probó que aquel «algo» existía. La coincidencia de casos, su repetición continua y la marca de los homicidios eran innegables. Por ello intervino la Presidencia, en Consejo Federal, la Alta Cámara y, por último, el Ejército Nacional.

El general Gramp, desde su despacho, tomó las riendas del caso, haciéndose informar amplia y rápidamente. Con ello esperaba averiguar con exactitud lo que ocurría. Después, informaría al Presidente y por último, tomarían medidas acerca de lo que debían hacer.

Sólo un hombre recogió el guante lanzado por Karno Beta: un hombre que también había seguido el extraño proceso de cosas, sin comprender. Este hombre era Dick Brady, que se recuperó poco a poco del estupor causado por la muerte de su compañero.

Y Brady sabía la importancia que los internos de la Sección de Parapsicología tenían en el asunto, puesto que Kellerman había muerto como Markham y el otro, Goodell, había desaparecido.

Por esto, Dick Brady no dijo nada a nadie y abandonó su servicio, desapareciendo sin llamadla atención, para trasladarse, utilizando los servicios subterráneos de transporte, entre una gran muchedumbre, hasta el Memorial Hospital Kennedy.

Una vez allí, sin dar su nombre, preguntó por el doctor Phil Evanston catedrático de parapsicología y superior de la Sección PP, creada por él.

Y, casualmente, Evanston se encontraba allí. Había regresado el día anterior al saber la noticia de la muerte de su alumno y discípulo, Kellerman.

—Profesor, deseo hablarle — empezó diciendo

Dick— Pero no aquí… En otra parte… ¡En lugar seguro!

—¿De qué se trata? ¿Quién es usted? — preguntó Evanston.

—Se lo diré luego… Quiero que tomemos un avión y nos vayamos lejos… ¡Lo más lejos de Nueva York! ¡Usted y yo!

CAPITULO VII

Karno Beta entró en la sala donde se encontraba Arthur y Elga. Venía elegantemente vestido y lucía un llamativo collar de oro en torno a su pecho.

Sonrió y dijo:

—¿Qué les parezco?

De no haber sido por la terrible circunstancia en que vivían en casa de aquel ser, habrían encontrado agradable a Karno, cuya edad aparente en su aspecto humano era de unos treinta y seis años, de porte distinguido y facciones agradables.

—¿Vas a alguna fiesta, Karno?

—Voy a ver al Presidente de la Federación Americana.

—¿Al Presidente? — exclamó Arthur, poniéndose en pie de un salto.

—Sí. ¿No habéis escuchado las noticias? Lo está diciendo la televisión durante todo el día. Me conceden valor prioritario. Quieren legalizar mi presencia en este continente.

—¿Se han vuelto locos? — exclamó Elga, consternada.

—No. Es lo más cuerdo que se les podía ocurrir. Ahora ya conocen mi presencia aquí. Saben que existo y entre todos los males que les puedo ocasionar, eligen el menor.

»El general Gramp ha dado la comunicación y sé que es cierta. Se rinden a mí. Me darán toda clase de facilidades. No estaré fuera de la ley. Puedo elegir a las mil personas que necesito. Ellos saben ya que no quiero parásitos. Puede que elija al mismo Presidente y algunos de sus consejeros, los cuales se pueden reponer.

Karno se acercó y se situó delante de Elga, añadiendo:

—Conozco tus pensamientos, Elga. Sé qué prefieres más vivir en tu mundo que en el mío. Y si pudiera te dejaría ir. Pero me he encariñado con tu inteligencia. Sé, además, que te hago un inmenso favor llevándote conmigo. Mi espíritu es mucho más importante que el tuyo.

—¡No! — gritó Elga, cubriéndose el rostro.

—Eres humana y no puedes comprender. Dejémoslo. Bástate saber que yo lo quiero así. Por lo demás, cuando regrese de Washington, serás libre de ir donde quieras, doctor Goodell. He

pensado que ya no te necesito. No eres una inteligencia extraordinaria, después de todo. Ella, sí—. La mano de Karno, perfecta imitación de una mano humana, señaló a Elga—. No puedo renunciar a ella.

—¿Y no temes que sea una trampa de las autoridades? —preguntó Arthur.

—No. El general Gramp está demasiado asustado. Naturalmente, he estudiado su mente. Siempre lo hago con todas las personas relacionadas conmigo. Si hubiese doblez en su mente, me habría enterado. No la hay.

»Iré a verle así vestido. La riqueza externa impresiona a vuestra raza. Da distinción. Le diré que quiero ver al Presidente. Le expondré mis deseos. Soy un ser superior y se me debe proporcionar todo lo que necesito. Después de todo, mil inteligencias no es mucho, como tributo de respeto y consideración.

»No se me ocurrió antes. Estaba creído dé que todos se comportarían como vosotros. En realidad, sois así. Primero altivos y desafiantes. Luego, os rendís ante lo imposible. Los políticos prefieren elegir entre dos males, el menor. Y es lógico.

»Desafiándome ya han logrado dos víctimas inocentes. Kellerman y Markham no debían estar muertos.

—¿Por qué los has matado, si sabías que no podían hacerte daño?

—Sé simple, y no complicado, Goodell. Yo no conozco el futuro. Soy energía latente. Mi memoria es poderosa, mucho más que la vuestra, sin duda. Pero no puedo prever lo que sucederá dentro de un segundo. No soy adivino, dado que el tiempo es igual para todos.

»Yo conozco mis limitaciones. Además, soy extraño a vosotros. Debía ser precavido y lo he sido. Para mí, vuestras vidas no cuentan. Lo importante es mi seguridad y por ella me he defendido de Kellerman y Markham, que eran peligros latentes. Las consecuencias de sus actos ignoro hasta dónde podían llegar. El instinto de peligro me advierte y yo me defiendo.

»Todo eso, sin embargo, nos ha llevado a esto. Las autoridades de este continente se han dado cuenta de mi fuerza. Ya no quieren combatirme. Prefieren darme facilidades. Les resulta más fácil y a mí también. En honor de esos seres comprensivos me he vestido así. Voy a ser un «humano» entre los humanos. Expondré mis necesidades, se me darán libremente y todos contentos.

—¡Yo no acepto alegremente mi destino! — exclamó Elga Robins—. Los hombres que elijas tampoco lo harán.

—Tienen que sacrificarse en beneficio de los demás— replicó

Karno, con acento firme—. Es ley de vida. Si, en una guerra, el general ordena a un batallón que se sacrifique en beneficio de la salvación del regimiento, los elegidos obedecerán.

—Sí, es así —dijo Arthur—. Pero veremos si los que elijan no se defienden. Un humano está muy aferrado a su vida. Por salvarla, es capaz de matar.

—Lo sé. A mí, afortunadamente, no podéis matarme.

—¡Es que no entiendo cómo las autoridades han decidido acceder a tus demandas! — exclamó Elga—. Si eso fuese cierto, yo perdería mi fe en la humanidad.

—No han accedido aún. Accederán. Voy a verles para convencerles de esa necesidad imperiosa. La razón no tiene más que un camino. O me dan las inteligencias que yo pida, o las tomo. Y, además, me defenderé de todo lo que amenace.

Arthur Goodell llevaba ya bastante tiempo pensando en que Karno Beta debía tener algún punto vulnerable. Su actuación de instintiva defensa así lo indicaba. Era poderoso. Podía captar el pensamiento a distancia, destruir también a distancia, cosa que ningún humano era capaz de hacer. ¿Por qué aquel temor instinto a lo que pudiera ocurrirle?

—Escucha, Karno. Tú nos temes, ¿verdad?

—¿La verdad? Sí. Temo vuestro número. Sois muchos millones. Tenéis cosas que me pueden dañar, pero no sabéis lo que es. Y entre tantos seres como pueblan este planeta, alguno o muchos, podrían perjudicarme. Por eso me defiendo.

—Dime la verdad, Karno. ¿Tanta necesidad tienes de nosotros?

—Sí. Es mi vida, mi continuidad., He viajado millones de años luz de distancia para llegar hasta aquí.

—¿Cuántos seres como tú hay en Malker?

—Ninguno. Yo soy el único.

—¿Cómo es posible eso?

—Soy energía. Estoy formado de la esencia misma de la materia. He ido absorbiendo energía e inteligencia hasta llegar a ser lo que soy. Pero mis recursos también están reducidos. Si yo muriera, mi raza moriría conmigo, porque todos los seres que me forman y me dan razón son partes de un todo indisoluble.

—¿Cómo te definirías para que nosotros pudiéramos comprenderte mejor? — insistió Arthur.

—Energía pensante o inteligencia energética. No, no. podéis comprenderme. Vuestro cerebro es aún demasiado pequeño.

—No lo creas, Karno. Nosotros sólo utilizamos una décima parte de nuestra capacidad mental. Estamos en período de desarrollo.

Posiblemente lleguemos, con el correr de los siglos, transmitiéndonos genes hereditarios de generación en generación, a ser lo que tú eres.

—Es posible que sí. Puede que lleguéis a desechar la materia de que estáis hechos y podáis vivir como espíritus puros.

—Eso ya lo hacemos. Al morir, nuestro espíritu se libera del cuerpo y pasamos a disposición de Dios, que es nuestro Amo y Señor… ¡Y también el tuyo, Karno!

—No, en eso te equivocas. Yo soy fuerza inteligente, energía inteligente. Mi evolución es natural. Vuestro Dios no es mi señor. Yo soy señor de mí mismo.

—¡No tientes a Dios, Karno! ¡Él puede iluminarnos y darnos la solución para librarnos de ti!

Karno sonrió… Y sonriendo abandonó la estancia.

Todavía, fuera ya del salón, se oyó una carcajada suya que hizo estremecer a Elga, la cual musitó:

—Tienes razón, Arthur… ¡Sólo podemos confiar en Dios!

Arthur tomó las manos de Elga y la miró fijamente a los ojos.

—Él no nos ha abandonado nunca y tampoco lo hará ahora, Elga.

Dick Brady señaló la puerta metálica, rodeada de hormigón armado del antiguo refugio atómico. A su lado, junto al bólido que les había llevado hasta aquel apartado rincón de las Montañas Rocosas, estaba el profesor Phil Evanston.

—Eso es un antiguo refugio de la defensa atómica, profesor Evanston. Quiero que entremos ahí… ¡Y siga usted haciendo cálculos mentales, distráigase como hago yo!

—¡Está usted loco, señor! ¡Si no fuese por el arma que lleva usted en el bolsillo, no le habría seguido hasta aquí, después de dar dos veces la vuelta al mundo!

—Calcule, maldígame, haga lo que quiera, pero entremos ahí.

La puerta estaba cerrada. Había una palanca que Brady empujó y que alguien se había cuidado, desde tiempos remotos, de mantener engrasada, porque se suponía que, alguna vez, los viejos refugios atómicos podían ser necesarios. Y una obra ingente, que había costado millones, no se podía dejar en el absoluto abandono.

Los engranajes interiores funcionaron y la compuerta se descorrió lo suficiente para dejarles entrar.

—Usted primero, profesor Evanston — dijo Brady, que siempre, desde hacía ocho días, llevaba constantemente la mano en el bolsillo derecho de su casaca azul.

Entraron. Una rampa les condujo a una oscura sala de paredes

de cemento. Ahora, Brady encendió una lámpara de luz intensa. Gracias a esto pudieron acercarse a las puertas de los ascensores.

—No son eléctricos, sino neumáticos. Nuestro peso los hará descender a las profundidades de la tierra explicó Brady—. Luego, volverán a subir. Nosotros nos quedaremos abajo. ¡Ya nos vendrán a buscar! ¡Hay radio en cada refugio!

—¿Por qué, señor? ¿Por qué? —gritó Evanston, por centésima vez desde que seguía al extraño loco por todo el mundo.

—Haga lo que le digo. Lo sabrá muy pronto. Ya puede empezar a dejar de contar. Creo que este es el lugar que buscaba. ¡Entre!

Penetraron en el hueco de uno de los ascensores y aguardaron. A los pocos segundos, la plataforma empezó a descender hacia las entrañas de la tierra. Estuvieron bajando más de ocho minutos. La profundidad era de mil doscientos metros.

Al detenerse el ascensor, se encontraron ante un pasillo muy semejante al de una cárcel. Todo estaba oscuro y silencioso. Por suerte, el aire era respirable.

—Apriete el pulsador de esa puerta… La primera —ordenó Brady.

Evanston obedeció. La puerta se abrió y se encendió una luz en el interior, alumbrando una estancia rectangular, de seis metros de ancho por diez de largo, donde habían filas de literas, armarios metálicos, mesas y sillas, también de metal, y una pequeña puerta al fondo.

Junto a la puerta, dentro del refugio, había un disco y un botón eléctrico en el centro. En el disco se leía: «To shut».

Brady lo apretó y entonces una serie de compuertas metálicas se fueron corriendo hasta dejar la estancia completamente incomunicada con el exterior.

Fue entonces cuando Brady lanzó un suspiro y se sentó, sacando la mano del bolsillo y extrayendo luego un paquete de cigarrillos. Encendió uno y ofreció el paquete a Evanston.

—¿Quiere? Aquí podemos fumar. Hay un sistema de renovación de aire muy ingenioso. Nada entra del exterior. Nada sale de aquí. En ese cuarto, si los planos no mienten, hay una radio de onda corta. Una antena y un cable comunican con el exterior. Por ahí no puede entrar nada más que ondas de radio. Estamos aislados del mundo entero, del universo, seguros, hasta que el planeta no estalle.

—¿Para eso me ha traído aquí? — preguntó Evans ton, que no acababa de comprender a su secuestrador.

—No. Le he traído para hablar de Arthur Goodell y de Tracy Kellerman. Tenemos tiempo.

Las facciones del metapsíquico se animaron al es cuchar los nombres de dos de sus alumnos preferidos, los internos del Memorial Hospital.

— ¿De ellos?

—Sí. Kellerman murió y Goodell puede haber muerto también, aunque no tengo la certeza. Usted puede averiguarlo. Escuche, profesor. Esto es más serio de lo que parece. No estoy loco. Le he llevado por el mundo en busca de un lugar como este, donde pueda sentirme seguro. Fuimos a Japón porque creí que los refugios de allí eran seguros. Y no lo son. Poseen una comunicación indirecta con el exterior. No pueden penetrar radiaciones, pero si «algo» incorpóreo.

»Arthur Goodell estuvo encerrado en una celda especial. Me lo dijo el teniente Markham. Y Karno Beta no pudo llegar a él. Pensé en meterle a usted allí, conmigo, para hablar. Pero me dije que alguien podía abrirnos desde el exterior.

»Aquí, en Sub-Dakota, no ocurre nada de eso. Este refugio es ideal para mis propósitos. Ni en Australia, ni en Rhodesia, ni en ninguna parte, estaremos tan seguros como aquí.

»Y, sin embargo, pese al aislamiento en que estamos, los pensamientos de usted pueden salir. ¿Verdad, profesor?

—No sé a dónde quiere ir usted a parar. ¿Puede decirme quién es?

—Sí. Ahora puedo decírselo, sin temor a que algo pueda oírnos. Soy el teniente Richard Brady, del Departamento de Justicia y Ley de Nueva York. Intervine en el «caso de Elga Robins». Tracy Kellerman murió ante mis ojos, súbitamente, del mismo modo que mi compañero Theodoro Markham.

»Les mataron a ambos del mismo modo. Llevo doce años en la policía y jamás había visto a nadie morir así. Parecía algo natural, pero... ¡era sobrenatural, profesor Evanston!

—¿Qué quiere usted decir?

—Seré más explícito. Tenemos tiempo de sobra. Markham, mi compañero, supo por el doctor Arthur Goodell que Elga Robins no estaba «enteramente» muerta. El doctor Goodell, en estado emocional, captó un mensaje que transmitió el subconsciente de Elga Robins. Por eso Markham decidió repetir la experiencia. Se administró a Tracy Kellerman una droga llamada «acetidinalina» y provocaron un estado emocional... ¡Veo que empieza usted a interesarse por esto, profesor!

—Sí, ciertamente — contestó Evanston —. Ahora sé de qué me habla.

—Me alegro. Tracy Kellerman cayó fulminado. Nadie le tocó.

Pasó de la vida a la muerte repentinamente, así — Brady chasqueó los dedos —. Se le reconoció y su caso no era idéntico al de Elga Robins.

»Yo avisé a Markham y le informé. Luego, comprendimos que Goodell también estaba en peligro, y por eso se le encerró en una celda especial. Sé que Goodell y Kellerman se comunicaban a distancia, por telepatía.

—Telecinesis — rectificó Evanston—. No es exactamente lo mismo. El concepto de telépata es erróneo y ambiguo

—Bien, se comunicaron. Eso molestó a alguien que posee la facultad de matar sin hacer acto de presencia.

—¿Alguien? — preguntó Evanston, consternado.

—Algo que no es como nosotros, que se hace llamar Karno Beta y que su complejidad biológica le hace muy superior a todos nosotros, los mortales.

»Yo comprendí que nos hallábamos ante un inmenso peligro. Y, de pronto, se me ocurrió pensar en usted, en el que nadie había pensado. Sabíamos que se había ido a pescar a Code Cape. Yo le busqué y me lo llevé. Necesito principalmente tenerle en lugar seguro. Ya estamos aquí.

»Ahora, si sus dos alumnos podían comunicarse entre sí, supongo que usted también posee esa facultad.

—Sí, efectivamente — admitió Evanston—. Pero la comunicación no es fácil establecerla. Debe existir preparación previa. Esto no es magia ni ocultismo. La parapsicología aplicada es una ciencia.

—¿Puede usted comunicarse con Goodell, sí o no? —preguntó Brady.

—Puedo intentarlo. Pero Arthur necesita estar advertido. Tampoco sabe usted si vive o no.

—Creo que está vivo. Tal vez influido por la voluntad del ser que le domina, se fue llevándose a Elga Robins, por la que siente una especial admiración.

Evanston sonrió.

—Veo que conoce usted bien a Arthur.

—Conozco mi oficio, profesor. ¿Comprende usted ahora la razón de mi actitud?

Evanston se quedó pensativo, sujetándose el mentón.

—¿No ha exagerado usted, señor Brady?

—No. Estoy seguro de que únicamente aquí está usted a salvo. Sólo aquí, en Sub-Dakota, puedo responder de su vida.

—Entonces, ¿quiere que intente comunicarme con Arthur

Goodell?

—Sí.

—¿Y si está muerto?

—Entonces, se comunicará usted directamente con el ser que pretendo localizar.

—Si es una inteligencia superior, eso es fácil. Necesitaré unas horas de concentración intensa.

—De acuerdo. Yo voy, mientras tanto, a poner la radio en marcha. Según las últimas noticias, creo que nos hemos puesto un tanto fuera de la ley, forzados por las circunstancias. Pero mi mensaje modificará un poco las cosas.

Diok Brady arrojó su cigarrillo al suelo y se fue hacia el fondo del refugio. Abrió la puerta y penetró en la cabina de radio. En pocos minutos logró efectuar la primera llamada al Departamento de Justicia y Ley de Nueva York.

—Soy el teniente Dick Brady. Avisen al Prefecto Mayor. Es urgente.

—¿Brady? — preguntó, una voz, lejana—. ¿Dónde estaba usted? Se le ha buscado. Hay orden de que se reintegre a su puesto. Tiene que justificar su ausencia.

—Lo siento. No puedo ni decir dónde estoy. El doctor Phil Evanston está conmigo. Puedo localizar a Karno Beta.

—¿Qué dice usted, teniente Brady? Karno Beta está en Washington, protegido por el gobierno.

—¿Cómo?

—¿De dónde sale usted? ¿Acaso no se ha enterado? Se han aceptado todas las condiciones de Karno Beta. Es preferible sacrificar mil inteligencias antes de molestar a nuestro sabio invitado.

—¡No! ¡Eso es traición! ¡Ha dominado al gobierno! ¡Pero a nosotros no puede vencernos! ¡Nos hallamos en un lugar seguro! ¡Lucharemos contra ese engendro!

CAPÍTULO VIII

Arthur Goodell cerró la televisión y se volvió a donde Elga Robins estaba llorando, con el rostro oculto entre las manos.

—¡Esto es una vergonzosa capitulación! ¡Es ignominioso!

Tony Grok, que también estaba allí, habló:

—Era lo mejor que podía hacer el Presidente. Nadie puede luchar contra el señor Beta. Debe usted saberlo, doctor Goodell.

—¡Cállate, Grok! ¡Tú eres un renegado!

Elga Robins levantó sus ojos llorosos hacia Arthur.

—Yo y novecientos noventa y nueve seres humanos sacrificados por el pánico a perder sus cargos. En ese vergonzoso pacto sólo se respetará al Presidente... ¡Y Karno Beta lo quiere, porque le considera poco inteligente!

—Exacto — replicó Arthur —. Elegimos a un hombre que no merecía ser elegido. Ahora, pagaremos las consecuencias. Un enemigo público convertido en invitado especial. ¿Qué podemos esperar de nuestros gobernantes?

En aquel instante, entró Alp Daimsy en el salón. Grok se volvió a mirarle.

—¿Te has enterado, Alp?

—Sí. Parece ser que ya nada tenemos que hacer aquí.

—¿No? ¿Por qué?

—El señor Beta no necesitará ya de nuestros servicios. Vendrán a traerle los hombres que necesita. Se rodeará de doctores, de científicos... Y nosotros tendremos que irnos.

—No creo que haga eso, Alp — dijo Grok—. Ya lo verás. Espera a que venga.

—No esperaré — contestó Daimsy, hosco.

—¿No?

—No. Antes estábamos fuera de la ley. Se nos pagaba estupendamente por ello. Y sabíamos, tú y yo, que cometíamos un grave delito. El único modo de pagar aquello es continuar fuera de la ley, ¡pero contra Karno!

—¿Qué dices? ¿Estás loco?

—No, Tony. No estoy loco. Puede que antes si lo estuviera. Ahora no. Nos vendimos por dinero. Hemos sido traidores a nuestra

raza, como son traidores ahora todos los que por miedo aceptan las condiciones por Karno... ¡Yo no quiero saber ya nada con él! ¡Lucharé en contra suya!

—¡Conmigo no cuentes para nada, Alp!

—No, si no cuento, Tony. Y no quiero que me interceptes.

Alp avanzó hacia su compañero y fingió que iba a darle un golpe al estómago. Grok esquivó, para recibir, a la contra, un derechazo al mentón que le lanzó al suelo, fulminado.

Arthur y Elga, puestos en pie, miraban la escena atónitos.

—Me voy a marchar y a destruir todo esto. No sé si podré hacerlo. Les ruego que se marchen con el bólido que hay en el hangar.

—¿Podemos salir? — preguntó Elga, esperanzada.

—La puerta está abierta. Váyanse. Corran mientras Karno Beta les deje.

—¿Y qué harás tú?

—Bajar al sótano... ¡Deseo hacer estallar todo el laboratorio! Si Karno no puede auto-regenerarse, perderá poder y será más fácil vencerle.

—Pero ¿se le puede vencer?

—¡Algún medio habrá!

—Ya es demasiado tarde. El gobierno está con él.

—Por miedo. Pero si el Presidente se entera de sus debilidades; cambiará de modo de pensar.

—¡Morirá mucha gente, Alp! — gritó Arthur.

—¡Aunque tengamos que morir todos, hay que luchar! ¡Rendirse es inicuo y vergonzoso! ¡Reniego de todos los que aceptan la tiranía de Beta! ¡Reniego de las autoridades, de todo!

Arthur ya no vaciló. Tomó a Elga de la mano y la llevó hacia la salida, mientras decía:

—Corre hacia el hangar, Elga. Yo iré con Alp a ver si podemos destruir el laboratorio.

—No quiero separarme de ti, Arthur. Tengo mucho miedo. Karno aparecerá cuando presienta el peligro.

Avanzaban por el pasillo, hacia la escalera del sótano, cuando Arthur se detuvo en seco, llevándose las manos a la cabeza. Se alteró su expresión, como agobiado por un intenso dolor mental.

—¡Arthur! — gritó Elga.

Él no contestó, encogido sobre sí mismo, crispado, demudado. En su mente se producía un fenómeno doloroso, que repercutía dentro de su cráneo como un incesante martilleo.

Al verle en aquel trance, Alp Daimsy retrocedió asustado. Temía

que la presencia de Karno pudiera llegar también hasta él. Todo su arrojo de poco antes se desmoronó totalmente ante la agonía que parecía estar viviendo Arthur, el cual daba la sensación de ir a desplomarse de un momento a otro, ahora apoyado en el muro.

—¡Arthur! — repitió Elga, sujetándole de los brazos.

Fue entonces cuando él la miró.

—Es el profesor Evanston... ¡Lo siento aquí dentro! ¡No es Karno!

—¿Qué dices?

—¡Phil Evanston me dice algo...! ¡Intenta decirme que... ¡No lo capto bien!

Como si estuviese contemplando una extraña representación ectoplástica, Elga retrocedió también. Alp había desaparecido ya, hacia el exterior de la casa.

—¡Le oigo, profesor! ¡Le oigo! —gritó Arthur—, Sí... Está usted en un refugio atómico... ¿Cómo no se me ocurrió que usted podía averiguar mi paradero? ¡Esto es la pequeña isla de Johnston, frente a Nueva York! Elga Robins está conmigo... ¡Sí, le escucho!

El trance angustioso por el que pasaba Arthur tuvo su punto culminante en aquel mismo segundo. Se crispó violentamente y terminó por caer al suelo, sin sentido.

No oyó ni el grito de Elga, desgarrador y trágico.

Cuando Arthur Goodell recobró la lucidez, se encontró tendido en el lecho que había utilizado todo el tiempo que llevaba en la mansión metálica.

La primera persona que vio, a su lado, abrazada a él, fue a Elga... ¡La segunda, frente suyo, era Karno Beta, que le miraba sin expresión!

Luego, vio varios altos militares y jefes del Departamento de Justicia y Ley.

—¿Me oyes bien, Arthur Goodell? — preguntó Karno, con voz amenazadora.

Arthur no respondió.

—Sé que me oyes. No tuve más remedio que intervenir en tu comunicación mental con ese... con tu catedrático, el doctor Evanston. Luego, te he retenido aquí, sin sentido, hasta ahora.

»Estos caballeros han venido conmigo en un helicodisco. Están a mis órdenes por disposición presidencial. De modo que ese estúpido de Dick Brady no va a conseguir nada, aunque se haya ocultado en un viejo refugio atómico. Serán sacados de allí... ¡Y reclamo a Evanston! Cometí un error al descuidarme de esos hombres.

Un oficial enlace penetró en la estancia y habló al oído de un

general, quien asintió varias veces. Luego, se acercó a Karno y dijo:

—Señor, tropas del noveno cuerpo del ejército aerotransportado han ocupado el refugio de Sub-Dakota. Pero no hay modo de hacer salir de allí a los dos hombres.

—¿Cómo que no?

—No es posible. Debían de conocer bien aquella instalación. Los ascensores están bloqueados en la mitad del camino y se controlan desde las instalaciones inferiores. Se hizo así para evitar un ataque del exterior.

»Allí dentro, cien mil personas pueden vivir tranquilamente diez o doce años sin necesidad de salir al exterior.

—¡Eso es inadmisible! ¡Exijo la entrega del profesor Evanston! Vayan a sacarle de allí sea como sea. De lo contrario, tomaré las consiguientes represalias. Y salgan de aquí. Aguarden fuera. Quiero hablar en privado con el doctor Goodell.

Los altos dignatarios abandonaron la estancia. Al cerrarse la puerta tras ellos, Karno miró primero a Elga y luego a Arthur. Entonces sonrió.

—Curiosa jugada... Alp Daimsy ha muerto. Yo no perdono la traición. Sois muy singulares los humanos. Naturalmente, yo no puedo estar en todas partes. Necesitaría tener una atención infinita.

»Ese Brady, el compañero de Markham, ha sido astuto. Ha encontrado un excelente refugio. Y ahora que no tenía dificultades con la autoridad, se rebela un policía y un hombre de ciencia.

—¿Tanto te preocupa Evanston, Karno?

—Sí. Tanto tú como él tenéis el instrumento que puede malograr mis planes y causarme un quebranto irreparable. Sé que tú todavía eres un principiante, como Kellerman... ¡Pero, podrías llegar a conocer mis secretos con el tiempo!

—Evanston sabe mucho más que yo de criptestesia.

—Lo he podido comprobar. Y está manejado por un hombre que parece saber lo que hace. Markham también lo sabía y por eso murió... ¡Ese Dick Brady tiene que morir también, y con él Phil Evanston!

—¿Por qué no vas allí a eliminarles? — preguntó Arthur.

—No quiero correr riesgos... ¡Irás tú!

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Yo no hago más tratos voluntariamente contigo, Karno — contestó Arthur, seguro del terreno que pisaba—. Prefiero más que me elijas entre tus mil inteligencias y me pulverices.

—Irás porque te conozco, Arthur Goodell.

—¡No iré! — dijo el sicólogo, convencido.

—Si vas, Elga Robins se salvará. Yo cumplo siempre lo que digo. Te la cedo. Podrás casarte con ella... ¡Ah, parece que he acertado otra vez en su psicología, Arthur! Acabaré por tomarte afecto.

¡Sólo de aquel modo podía dominarse a Arthur! Elga Robins era su máxima debilidad. La miró, la vio sombría y preocupada.

—¿Qué dices, Elga?

—No quiero que nadie muera por mí — dijo ella—. Prefiero correr mi suerte antes que ampararme en dos hombres inocentes que pueden causar algún quebranto a este monstruo.

—¡No sabes lo que dices, Elga Robins, estúpida!

—rugió Karno, pareciendo perder el dominio de su envolvente humana— ¡La vida de uno es más importante que todas las demás juntas!

—Eso lo dirás tú. Yo no opino de ese modo — contestó Elga, incorporándose y plantándose delante de Karno—. Yo no soy el único ser de mi raza, como tú.

Esta declaración hizo retroceder a Karno unos pasos.

—Sí — asintió, más apaciguado—. Soy el último vestigio de mi raza. Lo confieso. Y es una razón importante para no poder desaparecer.

—Estoy segura de que estás condenado y todo cuanto haces no es más que una prolongación de tu agonía.

—¡Cállate! — rugió Karno, con un gesto violento —. ¡No hablas por ti misma! ¡Evanston te está haciendo decir eso! ¡Es su juego! ¡Me está conociendo!

De pronto, ante los atónitos ojos de Arthur y Elga, la figura de Karno tembló de pies a cabeza, para luego desplomarse todo él, hecho un montón informe de ropas y materia.

—¡Se ha ido! — exclamó Arthur.

—Concéntrate, Arthur... Puedes hacerlo. No te esfuerces. Déjate llevar... Ahora es mejor porque estás relajado. Yo quería dejarte caer al suelo. En la posición horizontal, la telecinesis actúa mejor... Estoy leyendo tu mente... Karno Beta está furioso. He influido en Elga Robins para que le diga lo que he sabido de él. Yo conozco su punto débil, Arthur. Es el único superviviente de una raza superior. ¡Y siente un espantoso temor a la muerte!

»He podido estudiarle mientras se jactaba delante de los altos funcionarios públicos. Ahora se sentía más seguro porque creía que su poder los había asustado a todos. Cuando se dio cuenta de que entre Dick Brady y yo podemos debilitarle, su furia ha sido inmensa. Y un ser furioso comete muchos errores.

»Ahora está aquí, en Sub-Dakota, buscando el modo de llegar hasta nosotros. Hay muchas tropas en el exterior, cuyos jefes no saben qué hacer. Reina el descontento entre ellos. Quieren obedecer y no saben si rebelarse.

»Dick Brady no cesa de llamarles traidores. Les ha dicho que el Presidente se ha vendido por miedo a la muerte, al igual que los altos jefes del Consejo.

»Si Karno Beta puede llegar hasta nosotros, nos matará. Y luego te matará a ti. Todos los que podemos llegar a penetrar en su mente energética, corremos peligro, Arthur. Es mejor que intentes buscar un refugio seguro cuanto antes, aprovechando que está ocupado con nosotros.

—Ya lo tengo, profesor — pensó Arthur—. Elga y yo vamos a escondernos en el propio laboratorio de Karno. Posee allí una cámara aislada y voy a procurarme un control interior a distancia, para mantener la puerta bien cerrada, por si vuelve.

* * *

—¿Qué te propones, Arthur? ¿No sería mejor irnos ahora que no hay nadie afuera?

—¿Nadie? La isla está rodeada por más de cien submarinos. Eso es un hervidero de buques sumergidos que nos vigilan. Pretenden proteger a Karno Beta de un posible levantamiento popular.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Qué te hizo decir a Karno que no podría acabar con toda la humanidad?

—Lo dije por decir algo, instintivamente. Se me ocurrió y...

—¡No se te ocurrió! — replicó él, bajando las escaleras del laboratorio—. Fue un influjo mental transmitido. Tú no entiendes de estas cosas, pero yo sí. Vamos a refugiarnos en el propio laboratorio de Karno.

Pudieron comprobar que los circuitos de proximidad estaban funcionando, porque al interponerse entre ellos, la puerta se abrió, dejándoles el paso abierto hacia el laboratorio.

Una vez dentro, Arthur fue hacia la cámara antitérmica, cuya puerta abrió para estudiar su circuito de cierre. Buscó algunas herramientas, que halló en un armario de plástico, y se puso a trabajar, mientras Elga estaba como sobrecogida mirando de soslayo los cuerpos momificados y medio diluidos que habían en los grandes frascos de cristal.

—¡Esto me horroriza, Arthur! ¡Quiero irme de aquí!

—Esos infelices no te harán nada, Elga. Resiste. Es mucho lo que nos estamos jugando en esto.

—¿Qué intentas hacer exactamente?

—Quiero encerrarme contigo en esa cámara y que Karno no nos pueda sacar.

—Pero ahí moriremos ahogados. Nos faltará la respiración.

—No. Ya he estado antes ahí dentro. He deducido que esto no fue construido para que yo pudiera presenciar los experimentos de Karno. Esto lo hizo para refugiarse él mismo en determinado momento. No hay nada. Absolutamente nada, excepto el grueso cristal de la ventana.

»Pero yo deseo que la puerta no pueda ser abierta... Y creo que ya lo tengo.

Arthur había destornillado una placa de protección, bajo la que estaban los circuitos electrónicos de cierre. Cualquier hombre culto, de su época, conocía perfectamente aquel circuito.

—Si corto este cable negro, la bobina queda aislada de la corriente magnética. Al cerrar la puerta, ya no se podrá abrir, ni desde dentro ni desde fuera, a menos que se haga un boquete con un perforador de gran potencia.

—Karno puede conseguirlo. Volverá y nos sacará de ahí.

—No. Ya verás cómo no. Ahora tenemos ayuda exterior. Pero no vamos a entrar ahora. No te digo lo que mi mente subcondicionada intuye. Es el único modo de que Karno no capte mis propósitos. Esta puerta quedará abierta. Nada más... ¡Ea, listo!

Después de terminar su trabajo, Arthur volvió a tapar el circuito electrónico, dejando la puerta abierta.

—¿Por qué no entramos ya?

—¿Por qué? ¡Porque no podríamos salir! — contestó Arthur, evasivamente— Ahora, déjame examinar esos recipientes del anaquel. Aquí puedo encontrar algo que me interese... ¡Ah, esto vale!

—¿Qué es?

—Nitroglicerina... ¡Hum! De aquí puedo sacar bastante explosivo. ¿Qué te parece si preparamos las cosas para un posible holocausto final?

—¿No pretenderás inmolarte, Arthur?

Él la miró sonriendo tristemente.

—¿Y por qué no? Antes de morir inútilmente, prefiero morir destruyendo a Karno Beta. Es una idea seductora. Mientras esperamos, no nos cuesta nada preparar un poco las cosas, por si logramos sorprender a nuestro anfitrión. Ahora está demasiado

ocupado con el profesor Evanston.

Con calma, pero sin perder tiempo, Arthur empezó a preparar la nitroglicerina. Eligió primero el dializador a distancia, donde colocó, en una pequeña probeta, oculta detrás de la singular máquina, la nitroglicerina tapada con un algodón, al que sujetó dos cables eléctricos desnudos.

Sus manos trabajaron con serenidad, tranquilamente, como si nada de lo que estaba haciendo tuviera importancia.

Elga le contemplaba con el alma en vilo, nerviosa y excitada.

Después, Arthur repitió su operación sobre la pantalla de rayos intermoleculares. Allí no puso ningún cable. Si se producía una explosión dentro del laboratorio, la simpatía del estallido haría caer la otra carga. Y detrás de la botella, donde había el cuerpo medio diluido de un hombre puso otra carga, que también conectó con cables eléctricos al dializador.

Al final, terminado su trabajo, musitó:

—Ahora, sólo nos queda que esperar.

—Salgamos de aquí, Arthur. Estoy sobrecogida.

—No. Karno Beta tiene que venir. Hemos de esperarle aquí, con todas las puertas abiertas.

CAPITULO IX

Karno Beta pasó entre los soldados que vigilaban la entrada del refugio atómico y cuya puerta estaba abierta. Nadie podía verle. Carecía de cuerpo y era impalpable. Ni siquiera podían tocarle.

Estaba furioso contra aquella mente humana que se ocultaba allí y que le hostigaba continuamente. Karno la sentía intensamente. Acababa de descubrirla por vez primera. Había sido una mente normal, cuyo poder telecinésico le torturaba.

¡Aquel era el único hombre, posiblemente, en toda la Tierra que podía localizarle, «verle», herirle posiblemente también, si se esforzaba!

Él había intuido aquello en ciertos hombres. A Kellerman le mató inmediatamente. Con Arthur Goodell quiso pactar, porque también se había encerrado fuera de su alcance, igual que Evanston.

En su furia, Karno llegó hasta lo más profundo del refugio. Pero allí se le presentó el obstáculo más infranqueable. Una cuádruple puerta de acero, cuyo cierre se accionaba por dentro.

—Sé, que estás ahí, Evanston — dijo, mentalmente.

—Y yo también sé que tú estás ahí fuera, Karno Beta. Y no puedes entrar.

—¡Entraré aunque tenga que consumir toda mi energía en perforar el obstáculo! ¡Puedo hacerlo!

—¿Estás seguro, Karno? Inténtalo. Consúmete tú mismo. Es lo que deseamos Dick Brady y yo. Así la humanidad se verá libre de ti, maldito engendro.

Karno, frenético, se apoyó contra la superficie de la puerta. Aparentemente, no había nadie allí, pero la energía que descargó sobre el acero hizo que éste empezase a enrojecer hasta convertirse en una plancha al rojo vivo. Mientras Karno ejercitaba todo su poder, con ánimos de fundir la puerta, el pensamiento de Evanston le inquietaba continuamente, diciéndole:

—No te esfuerces, Karno. Es inútil. Ya nos conocemos bien. Mi mente ha penetrado en la tuya. Posiblemente, acabaré enfermo o loco cuando haya terminado de consumirte. Conozco tu poder, porque te he estudiado a fondo. Y estás limitado.

—¡No! — rugió Karno, apreciando que el color rojo de la puerta

se iba tornando blanco.

La temperatura era ya de muchos grados.

—Necio — continuó Evanston— ¿No te das cuenta de que estamos dispuestos a sacrificamos con tal de hacerte perder todas las energías? Ya tienes una puerta casi fundida. Pero te faltan tres más. Cuando termines habrás de reunir energías para regresar a tu laboratorio a recuperarte.

»¡Y no podrás hacerlo!

—¡Calla, entrometido! ¡Acabaré contigo como hice con Kellerman y como haré con Goodell y toda vuestra casta de metapsíquicos!

—¡Y saldrán más, que terminarán dominándote! ¿Acaso ignoras que la raza humana dispone de medios para vencer todas las dificultades que la amenazan? ¿Cómo te empeñas en querer destruir una obra divina?

La puerta empezó a soltar chispas incandescentes. Ahora, Karno aplicaba continuamente toda su energía. Empezaba a darse cuenta de que no lograría su empeño.

Millones de kilovatios se estaban diluyendo contra el acero tenaz fundido para resistir las más altas temperaturas de la fisión atómica.

Pero todavía le quedaba energía y vio cómo al fin, la primera puerta se licuaba por el suelo en un castillo de chispas fulgurantes.

También descubrió, con regocijo, que la segunda planta estaba ya casi al rojo. La acción de su energía sobre la primera se había transmitido a la segunda, facilitándole el laborioso trabajo.

Dentro del refugio, Evanston salió de su trance mental, secándose el sudor de la frente, para ir a donde Brady estaba transmitiendo por radio al mundo la noticia del ataque que estaban sufriendo desde el exterior.

—Comunica que ha logrado fundir la puerta exterior— dijo Evanston.

—¿Logrará penetrar?

—No lo sé.

—Ya no puedo más, teniente Brady. Estoy desfallecido. Si estuviese aquí alguien para relevarme.

—¡Haga algo, piense algo!

Evanston abandonó la estación de radio y se acercó a la puerta del refugio, de la que se desprendía un intenso calor. Creyó oír fundirse el acero de la segunda puerta.

Entonces, agarró una silla metálica y golpeó contra la puerta, gritando, ahora a viva voz:

—¡Karno, óyeme!

—¿Qué quieres?

—Te hago un trato. Abriré la puerta y me dejaré exterminar si abandonas este planeta y te vas.

—¡No! ¡Jamás! Vuestro Presidente está de mi parte.

—¡Te equivocas! —mintió Evanston, para ganar tiempo y hacer que Karno dejase de ejercer presión contra las moléculas del acero de las puertas—. Las emisiones de radio de Dick Brady han lanzado a la gente a las calles. Se pide la cabeza del Presidente y de todos sus consejeros cobardes. Hay rebelión en todo el continente. ¡Y al pueblo no se le puede controlar!

—¡Mientes!

—No miento, Karno. Puedes averiguarlo.

Para averiguarlo si aquello era cierto, Karno Beta debía abandonar el trabajo que estaba realizando. Necesitaba energía para trasladarse a otra parte. No cayó en la cuenta de que si dejaba de lanzar energía, el acero se enfriaría de nuevo.

Karno Beta se dejó engañar. Abandonó su labor y regresó instantáneamente a Washington, donde el Presidente estaba haciendo rápidos preparativos para efectuar un viaje de reconocimiento a las bases militares de la Luna.

El viaje no se había anunciado siquiera. Karno comprendió que el Presidente tenía miedo y le habló, sin hacerse visible:

—¿Qué complot es este, excelencia? ¿Por qué huye? ¿Acaso quiere ponerse a salvo para dar contraorden?

—¡No, Karno! — exclamó el Presidente, volviéndose a mirar en todas direcciones— ¿Dónde está? ¡Yo no le traicionaré! ¡Los jefes de las fuerzas armadas y públicas están a sus órdenes!

—Hay algo «tabú» en Sub-Dakota, excelencia —habló Karno, acercándose al primer magistrado de la Federación Americana—. Ustedes, los terrestres, tienen recursos para todo. He sido un necio. He perdido mucho tiempo, en hombres sin importancia. ¿Sabe lo que estoy pensando, excelencia?

—Diga, señor Beta…

—Voy a demostrar al mundo que les desprecio a todos ustedes. No quiero pactar con nadie. Tampoco me iré cuando haya adquirido las inteligencias que necesito… ¡Voy a matarle a usted para que todos sepan lo que pueden esperar de mí!

»Ya me he cansado de tratarles con simpatía. ¡Que sepa el mundo entero que les desprecio, les odio y puedo exterminarlos!

El presidente intentó retroceder, ¡y fue a tropezar con el ser invisible del que pretendía escapar!

Un grito se escapó de su garganta, a la que llevó sus manos,

como si quisiera recuperar la vida que le era arrebatada de modo tan violento como criminal, por un ser que tenía la energía suficiente para paralizar un cerebro, el corazón y todos los nervios juntos.

Cuando sus ayudantes llegaron junto a él, ya estaba muerto, crispado, en tierra.

¡Han asesinado al Presidente!

La noticia galvanizó al mundo entero, extendiéndose como un huracán aullador, a través de las ondas, de los cables, de todos los medios de comunicación.

* * *

El regreso de Karno a Sub-Dakota fue instantáneo, como si tuviese la facultad de estar en dos lugares distintos a la vez. Y de nuevo la emprendió con la puerta del refugio atómico.

Sobre el piso de cemento, las partículas del acero fundido se habían apagado y un gran montón de escorias ocupaba la base de la puerta.

De nuevo, Karno se dedicó a lanzar sobre el acero todo el potencial de su energía, Y de nuevo captó la sensación de la presencia de Phil Evanston, dentro de su ser.

—Has vuelto pronto, Karno... ¡Eres un necio! ¿De qué te sirve tu poder?

—Empieza a rezar a tu Dios, Evanston. Tus minutos están contados.

—Sé que has matado al Presidente en un acto de infinita soberbia, ¡Mata, Karno Beta; mata a todos los humanos, si es que puedes! ¡Jamás lo conseguirás! ¡Nuestra raza es indestructible!

—¡Yo acabaré con todos vosotros! ¡No dejaré ni las cenizas de vuestro paso por el planeta!

Karno redobló su esfuerzo hasta conseguir la fusión de la tercera puerta. Cuando lo hubo conseguido y la cuarta y última estaba ya al rojo, a sólo unos minutos de la desintegración, notó aquella sensación de cansancio y agotamiento que experimentaba después de un esfuerzo ingente.

»¡No puedo más! ¡Apenas tengo energía! ¡No conseguiré fundirla! ¡Ese maldito Evanston tenía razón!

Ahora no dice nada. Debe estar rezando y preparando su alma... ¡Y no puedo terminar con ellos...! No puedo... ».Efectivamente, la última puerta no adquiría la coloración rojo blanco del acero antes de fundirse. Por el contrario, daba la impresión de irse

oscureciendo.

Al fin, comprendiendo Karno que no le quedaba energía apenas, decidió que era mejor regresar a la isla de Johnston y autoregenerarse. Tenía tiempo de volver. Y si los dos hombres ocultos en él refugio atómico se habían cambiado de lugar, los localizaría y terminaría exterminándolos.

Necesitaba energía, mucha energía, y sólo había un lugar donde encontrarla.

—Me voy, Evanston —dijo mentalmente—. Pero volveré. Antes de diez horas habré vuelto. Y ese sí que será tu final. No me importa, lo que hagas. Mi regenerador está preparado.

—¡Cuidado, Karno! Si quieres sobrevivir, huye de la Tierra. Todo se ha confabulado contra ti. Has matado al Presidente y ahora sí que es cierto que toda la humanidad está contra ti. Vendrán metapsíquicos de otros países. La humanidad ya te conoce y se aprestará a defenderse. Si te vas, puedes sobrevivir. Confórmate en otro mundo con las inteligencias que necesitas para tu evolución y olvídate de la Tierra. Este planeta te aniquilará y tu maldita y execrable raza se habrá extinguido.

—¡No! ¡Acabaré con todos vosotros o pereceré en el empeñó! ¡Mi poder es absoluto!

—No seas necio. No conoces bien el poder de los hombres. Estamos dispuestos a sacrificarnos millones de nosotros. Pero te aniquilaremos.

—Mi fuerza es indestructible... Puedo autoregenerarme... Hay energía dispersa por el cosmos suficiente para acabar con todos vosotros.

Sí, energía existe. Pero tú te has agotado tanto que dudo mucho puedas llegar a tu autogenerador. ¡Has sido un estúpido al consumirte pretendiendo fundir estas puertas y perdiendo al tiempo en ir a matar al Presidente y volver!

»Yo conozco tu secreto, Karno Beta. Eres energía y necesitas inteligencia. Con eso crees poder conseguirlo todo. Y te equivocas. Las fuerzas naturales de la creación, a una de las cuales perteneces, tienden a la perfección. Todo va perfeccionándose, yendo de peor a mejor, por sentido de selección y superación.

»Crees que la reunión de mentes inteligentes como las nuestras, te hará mucho más inteligente a ti. Y puedo demostrarte que no es cierto. Esas inteligencias que has asimilado las perderás pronto. Se crearon para un tiempo relativamente efímero...

Fuera, en el pasadizo del refugio automático Karno Beta escuchaba las ideas de Phil Evanston. De haber sido un ser humano,

habría estado jadeando de cansancio, como recobrando la respiración después de un gran esfuerzo. Como era un ser inmaterial, las pulsaciones etéreas de su energía, casi extinguidas, parecían jadeos sobrenaturales dentro de aquel enorme refugio silencioso y oscuro.

Karno quería irse, pero Evanston, con sus palabras, continuaba reteniéndole, ganando tiempo, tratando de persuadirle de su error.

—Hazme caso, Karno. Huye ahora que estás a tiempo. Vuelve a los espacios abiertos, al cosmos, donde existe energía suficiente para tu supervivencia. Allí serás fuerte y libre, y no estarás atormentado por la ira y la incomprensión, como aquí

Karno Beta sabía que Evanston estaba diciendo la verdad. Sin embargo no quiso escucharla. Habían desafiado su poder, le retaron y él había recogido el reto.

¡Y precisamente, en esto había caído en la trampa!

El regreso a la isla de Johnston fue más largo de lo que Karno pensó. Se había agotado demasiado. Su velocidad de desplazamiento, normalmente, era muy superior a la velocidad de la luz. Sin embargo, en aquellas condiciones, apenas podía arrastrarse, llevando tras sí la propia masa de su ser inmaterial.

Sin embargo, aún le quedaban restos exiguos de energía. Su vitalidad era inmensa. Y se desplazó como pudo las últimas millas. Ni siquiera tenía fuerzas para pensar y menos para observar lo que estaba ocurriendo en derredor.

Su único deseo, convertido en obsesión, era llegar cuanto antes a la isla. Así, no se dio cuenta de que por todas las poblaciones que pasaba, el pueblo estaba alborotado, clamando la rebelión general contra el invasor de las estrellas. Habían dogmáticos que pedían la unión absoluta de toda la humanidad, para combatir al regicida.

Y tampoco se dio cuenta Karno de que las emisoras de T. V. de todo el mundo emitían constantemente noticias que hablaban de él, de Phil Evanston, de Diok Brady y de lo que hacía sucedido en el refugio atómico de Sub-Dakota.

Karno sólo quería llegar. No se preocupó de nada más.

Y no vio tampoco la flota de submarinos que rodeaban la isla, retirándose a prudente distancia, como para iniciar una acción de bombardeo en cuanto les diera la orden.

No pudo más que llegar hasta la isla, casi arrastrándose ya centímetro a centímetro. Se detuvo en el jardín. Su mansión estaba silenciosa. Ni siquiera las olas parecían moverse aquella noche al romper mansamente contra las rocas.

La puerta principal estaba abierta. Y se alegró de ello. Esto le

permitía entrar sin el esfuerzo energético de tener que abrir la puerta. Y también vio abierta la puerta que conducía al sótano.

Fue entonces cuando Karno se alarmó. Pensó en Arthur Goodell y en Elga Robins. ¿Dónde estaban?

Descendió la escalera del laboratorio y llegó hasta la entrada. En aquel momento escuchó un grito terrible, angustioso, casi mortal. Y vio a Elga ocultarse precipitadamente detrás de Arthur Goodell. Ambos estaban frente a la puerta abierta de la cabina antitérmica, mirándole.

¡Y le estaban viendo tal y como era en su agotamiento final!

Por esto había gritado Elga.

Karno había llegado a tal extremo de debilidad que se hizo parcialmente visible. Y su aspecto era semejante a una masa de neutrones y electrones, girando en tomo a su núcleo central, oscuro y lentos ya, como un pequeño enjambre planetario de insignificantes mundos muertos.

De vez en cuando, del núcleo central de aquella masa, surgía un débil destello, como si algo, fuese la energía o los últimos deseos de voluntad, le hicieran todavía vivir.

—¿Qué es eso? — preguntó Arthur.

Karno no respondió. Se deslizó hacia la mesa bajo la que estaba la pantalla intermolecular. Necesitaba situarse allí a accionar el control de recuperación, para luego pasar al dializador a distancia. Una vez hubiese realizado estas dos operaciones, volvería a desaparecer y a tener energía.

—¡No te acerques a eso! —añadió Arthur, viendo a Karno acercarse al centro del laboratorio.

—Tengo que llegar... Debo llegar...

—¡Este laboratorio va a volar en pedazos!

—¿Qué dices, estúpido? — Karno se detuvo, sin haber llegado aún a la mesa

—He puesto cargas de nitroglicerina en distintos lugares. Quería destruir todo esto... Me dio la orden el profesor Evanston. Pero yo no quiero sacrificar a Elga. Déjala irse.

—Marchaos los dos... Idos de aquí... ¡Ya os localizaré después y os exterminaré a todos! ¡Nadie escapará a mi venganza!

Arthur y Elga se deslizaron hacia la salida.

Sin embargo, no pudieron llegar a ella. Karno revivió una fracción más y comprendió el grave peligro que corría.

—No — dijo—. Quita los explosivos... Ahora comprendo... Sólo destruyendo mi laboratorio podéis acabar conmigo... ¡Ah, maldito Evanston!

Karno se movió ahora con celeridad. Era totalmente visible. Las pequeñas partículas de su ser, reveladas por el agotamiento, querían cobrar brillo.

—No puedo morir… No puedo morir… Llévate esos explosivos… Esto es una trampa…

Ambos jóvenes retrocedieron hacia la cámara antitérmica. Karno se les acercaba, amenazando con envolverlos. Y, al retroceder, entraron en la cabina que previamente había preparado Arthur, de forma que si se cerraba, no se podría abrir después.

¡Y Karno, deseoso de absorber la mente de Arthur y eliminarle, fue tras ellos!

Lento, agotado, no pudo evitar que Elga, aterrada como estaba, se arrojase al suelo y pasara bajo él, alcanzando la puerta y cerrándola.

Luego, Elga abandonó el laboratorio, huyendo escaleras arriba, gritando como enloquecida.

Dentro de la cabina, Karno envolvió a Arthur Goodell, el cual se estremeció al sentir en su mente un extraño hormigueo paralizante.

—No, Karno. Espera… No vas a conseguir nada matándome.

—¡Quita esos explosivos de donde estén y llévatelos! —jadeó Karno.

—Déjame y lo haré.

Karno se retiró de Arthur y éste se sintió nuevamente liberado de la mortal opresión de su mente.

Entonces, Arthur señaló la puerta y murmuró:

—Elga ha cerrado la puerta y no podemos salir, Karno.

EPÍLOGO

—¿Qué quieres decir, Arthur?

—Lo siento, Karno. No podía hacer otra cosa.

—¿Qué has hecho?

—Obedecer a Evanston. Él me mandaba desde su refugio. Él te atrajo allá para estudiarte mejor. Y lo ha conseguido. Tu única solución consiste en salir de aquí a autoregenerarte. Pero ya ves que no hay modo de abrir la puerta.

»Tú querías destruir a toda la humanidad y vas a tener que conformarte sólo conmigo, que es el hombre que no te interesa.

—¡Malditos, malditos!

De nuevo Karno, pulsando destellos de energía que recuperaba de su ilimitado núcleo central, avanzó hacia Arthur, el cual retrocedió, hasta adosarse al muro.

—Aunque me mates no vas a poder salir de aquí, Karno —dijo Arthur, logrando que el monstruo atómico se detuviera en su avance—. Estás condenado aquí dentro.

—¡No! Cuando me recupere, abriré esa puerta.

—No puedes recuperarte ya. De la agonía pasarás a la muerte, Karno. Me lo ha dicho el profesor Evanston, que ahora viene hacia acá en un helicodisco del ejército.

»No te sacarán de aquí ni abrirán esa puerta. Todo lo que harán será destruir totalmente la isla, destruyendo también tu laboratorio. Y ese será tu fin y el mío.

»Pero yo poco importo, Karno. Soy un hombre. Aún quedan miles de millones que serán libres y respirarán tranquilos. ¿Te das cuenta?

Karno apenas escuchaba ya a Arthur. El temor a quedar encerrado dentro de aquella cabina antitérmica y completamente aislada del exterior, le sobrecogía, empequeñeciendo su masa electrónica. Indagaba apenas sin fuerza mental sobre lo que Arthur podía haber hecho en el cierre. Y no tardó en comprender la verdad.

—Es cierto… Me he dejado engañar… Sois muy listos… Es por eso que aspiraba a la asimilación de vuestras inteligencias. Pero yo quería las mejores… ¡Ahora estoy perdido! Sólo te tengo a ti,

Arthur... ¿Y qué puedo hacer ya? Si te elimino, habré de convivir aquí encerrado, con un cadáver.

—Es cierto, Karno — contestó Arthur—. La compañía de un muerto no es nada grata. Pero, escucha... Evanston tiene algo que decirte... ¡Me está hablando de nuevo! ¡Tiene una proposición para ti!

—¿Cuál?

—Escucha... «Dile a Karno que no te haga nada. Ni siquiera queremos sacrificarte a ti. Dile que perforaremos la puerta y le dejaremos libre para que se marche a los altos espacios... ¡Díselo!»

—Sí— declaró Karno—. Que nos saquen de aquí y me iré.

—¿Qué seguridad tenemos de que vas a cumplir tu palabra?

—La cumpliré — se obstinó en decir Karno —. Dejadme salir y recobrar energías y me iré sin causaros más daño.

—Cuando te sientas otra vez fuerte, puedes cambiar de parecer.

—No... Me iré... Dejadme salir...

Era impresionante ver la masa electrónica pulsando angustiosamente por conservar los átomos que giraban en su alrededor, casi apagados, moribundos, erráticos. Arthur no estaba seguro, pero creía ver cómo aquellas pequeñísimas partículas iban desprendiéndose del todo central y Karno era por minutos un cuerpo cada vez más pequeño.

—Está bien. Evanston ya lo sabe. Ahora tomaran medidas para abrir la puerta y dejarnos salir.

—Necesitaré energía para autorregenerarme... Estoy agotado... Veo acercarse mi fin... ¡Que se den prisa!

El antes soberbio y poderoso Karno se había convertido ahora en algo trémulo, asustado y suplicante-. Era el último ser de una singular raza, obra de la naturaleza, y con él terminaba un episodio de la ingente lucha de la naturaleza en el Universo.

Arthur Goodell sintió lástima de «aquello».

* * *

En aquel instante, a bordo de un helicodisco del ejército, Phil Evanston y el teniente Brady, se detenían en la cubierta de un enorme submarino nuclear, situado a media milla de la isla de Johnston, donde le esperaban altos jefes de la armada.

Apenas hubo descendido del aparato, Evanston dijo:

—Hay que enviar rápidamente un equipo de hombres a perforar la puerta de una cabina antitérmica, en donde se encuentran el doctor Arthur Goodell y ese monstruo energético. Saquen al doctor

Goodell de allí y pónganle a salvo. Desde el momento en que el equipo de socorro abandone la isla, tenemos unos minutos, cinco o diez, para iniciar el bombardeo total y definitivo.

Un oficial se acercó al grupo que rodeaba a Evanston, portando un mensaje en la mano.

—Señor — dijo, saludando al almirante en jefe—, la unidad 15 comunica haber visto una mujer nadando hacia ellos.

—¡Debe de ser Elga Robins!

—Ordene que sea recogida y atendida — replicó el almirante.

—Sí, señor.

También se dieron las órdenes para que un equipo de cuatro hombres, con perforadoras desintegrantes, se trasladase a la isla. En pocos instantes, una lancha rápida llevaba al equipo.

Dos de aquellos comandos especiales iban provistos de armas altamente destructivas. Los otros dos llevaban los perforadores.

Se orientaron en la mansión, encontraron la escalera del laboratorio, y no pudieron contener un estremecimiento al descubrir lo que había allí. Pero hicieron de tripas corazón y se acercaron a la ventana, tras la que vieron al doctor Goodell.

—¡Ahí están! — gritó uno de los marinos.

Las perforadoras empezaron a fundir el metal, por encima de donde estaba situada la cerradura inutilizada. Arthur se había pegado casi materialmente al cristal de la mirilla y les hacía señas. Al mismo tiempo, se concentraba intensamente, pretendiendo avisar a Evanston del peligro que corrían todos si alguno de los marines del equipo de rescate tocaba una de las cargas de nitroglicerina.

Pero aquellos hombres eran militares y obedecían fielmente a lo que se les había dicho:

—Perforen la puerta y saquen al doctor Goodell. ¡Y, cuidado con tocar nada más que la puerta! Hay explosivos colocados en distintos lugares.

Por esto fueron tan escrupulosos en su trabajo. No se movieron más que en terreno despejado. Trabajaron en silencio, sin moverse, hasta que la cerradura quedó totalmente desintegrada y la puerta se abrió.

Tampoco vieron la sombra que había en un rincón y que al abrirse la puerta pareció animarse levemente.

—¡Gracias a Dios! —fue lo primero que dijo Arthur, cuando la puerta se abrió, al cesar el magnetismo que la tenía aprisionada.

—¡Vámonos, doctor Goodell!

—¿Y Elga Robins? — preguntó Arthur.

Ninguno de aquellos hombres sabía nada de ella.

—No la hemos visto.

—¡Debe estar en alguna parte del edificio! ¡Hay que buscarla!

Salieron del sótano. Uno de los marineros cerró la puerta, dejándola ajustada.

En aquel instante, Karno alcanzaba la salida del encierro. Le quedaban todavía seis metros para llegar a la mesa de autoregeneración por radiación intermolecular. ¡Pero ignoraba que sobre la pantalla descansaba un recipiente con nitroglicerina, y que la más mínima sacudida lo haría caer!

Y si se producía una explosión dentro del laboratorio, todo estallaría, saltando en pedazos y acabándose la única posibilidad que tenía Karno de salvarse.

El monstruo de energía no poseía ya capacidad mental para recordar lo que Arthur le había dicho. Sólo estaba movido por la ansiedad de no morir. Ni siquiera podía recordar los muchos errores cometidos en su lucha contra aquellos seres humanos que casi le habían vencido.

No pensaba más que en recuperar energía. Luego... ¡Luego sabrían todos los humanos que no se podía pactar con él! Recobraría su fuerza y terminaría con toda la humanidad, sin exceptuar siquiera a uno.

Centímetro a centímetro, la casi inerte masa de Karno Beta, se acercó a su objetivo y trepó hasta la mesa...

* * *

Arriba, debatiéndose en manos de sus libertadores, Arthur pretendía registrar la casa, por si encontraba a Elga.

—¡Tiene que estar aquí! No ha podido irse... ¡Hay que buscarla!

—Nos han dado la orden de sacarle de allí. La isla va a ser bombardeada inmediatamente. Sólo tenemos tiempo de volver a la lancha.

—¡Pues váyanse ustedes! ¡Yo prefiero buscar a Elga! ¡Ha de estar en alguna parte! La única embarcación que había se la llevó Tony Grok.

Uno de los marinos decidió actuar por cuenta propia. Y cuando Arthur se iba hacia el salón interior, le descargó un golpe en la nuca, haciéndole caer de bruces.

—Lo siento, doctor Goodell. Hemos venido a buscarle y no nos iremos sin usted. ¡Ayudadme a llevarle!

Lo levantaron entre dos. Arthur aún se debatía débilmente. Pero ya no opuso resistencia. Cosa curiosa, sentía, unas enormes ganas

de dormir profundamente.

La tensión mental que había sufrido fue demasiado intensa.

Apenas si se dio cuenta de ser embarcado en la lancha. Y cuando ésta se ponía en marcha, se oyó una fortísima explosión dentro de la mansión metálica, seguida de algo que pareció un inmenso quejido de muerte, como si un gigantesco animal hubiese sufrido un daño terrible.

—¡Ha estallado la nitroglicerina! — exclamó uno de los marinos.

La lancha rápida adquiría ya velocidad, distanciándose de la pequeña isla. Desde el submarino insignia, el almirante en jefe, advertido de la salida de la lancha, ordenó:

—¡Todas las unidades, listas para abrir fuego!

A los pocos minutos, cuando ya la lancha de rescate se hallaba fuera de la línea de tiro, un ensordecedor estruendo de cañones sacudió el mar. Los proyectiles iban provistos de cono nuclear, y una ingente hoguera de fuego radioactivo envolvió la pequeña isla, engulléndola materialmente en un marasmo apocalíptico.

Arthur Goodell contempló aquella destrucción con ojos entornados. Pensando en Karno Beta y en que no tuvo tiempo de autoregenerarse. Y también se sintió triste porque él había creído en lo que dijo a Karno, al ofrecerle la libertad a cambio de marcharse de la Tierra.

Cuando, poco después, en la cubierta del submarino, era recibido por un entusiasmado doctor Evanston, no pudo por menos que referirse a ello.

—¿Por qué le han exterminado? Usted me dijo que le permitiría volver a los altos espacios.

—¡Era una argucia! Ni él se hubiese ido, ni yo podía dejarle ir. A ese ser sólo podíamos exterminarle así. Estaba totalmente agotado.

—Sí. No ha podido autoregenerarse... Destruido su laboratorio por la nitroglicerina, si quedaba algún vestigio de él, el bombardeo lo ha terminado... ¡Y con él ha muerto también Elga Robins!

La infinita angustia del joven doctor en sicología y parapsicología aplicada, se tradujo en el acto en infinita alegría, al oír decir a su jefe:

No, te equivocas, Arthur. Elga Robins no ha muerto. Al salir de allí, enloquecida de terror, sólo ansiaba escapar. Es lógico. Sabía que sólo pidiendo socorro y ayuda, podía rescatarte. Ella vio cómo preparabas la trampa de la puerta. Ella la cerró para no ser alcanzada por Karno, y te encerró a ti... ¡Ella se ha salvado y no hace más que repetir que debemos ir a sacarte de allí!

—¿Eso ha dicho? ¡Está viva!

—Sí, Arthur. Está viva, gracias a ti, que has sido el auténtico y verdadero héroe... ¡No me extrañaría nada que fueses elegido presidente de la Federación Americana! ¡Todos los medios informativos no hacen más que hablar de ti!

—Y de usted también hablan — intervino el almirante en jefe, que se acercó para felicitar a Arthur.

—¡Deseo ver a Elga! ¡No puedo creer que esté sana y a salvo!

—Pronto la verá usted, amigo mío. He ordenado que sea traída a bordo en una lancha rápida.

Efectivamente, a los pocos minutos, una lancha pintada de azul se acercaba al costado del submarino insignia. De ella saltó una radiante Elga Robins, vestida con el vistoso uniforme de la Armada.

Arthur, que la esperaba junto a la pasarela, la estrechó en sus brazos, gritando:

—¡Al fin nos hemos librado de él!

—Y yo estoy viva gracias a ti, Arthur. No lo olvidaré jamás, amor mío.

Se besaron intensa y apasionadamente, rodeados de oficiales de la Armada que les felicitaron a ambos. En aquel instante se realizaba el mayor sueño de la vida del joven doctor Goodell.

¡Tenía a Elga Robins en sus brazos y ella le amaba!

¡Valía la pena haber pasado por la dura prueba! E incluso valía la pena también morir en aquel instante. Porque los besos de Elga eran muy superiores a lo que él había podido imaginar.

Desde el puente del submarino insignia, un hombre contempló la escena sonriendo, satisfecho y apenado a un tiempo. Aquel hombre sí que era la pieza clave del feliz término de la aventura. Un hombre anónimo, sencillo, eficaz y consciente de su deber.

Era Dick Brady.

FIN

Otros títulos de este autor
recientemente publicados:

FUTURO TÉCNICO	C. Ficción 50
LOS GOLPEADORES	Sioux 53
LOS CENTRÍFUGAS	Espacio 468